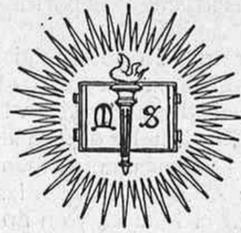


La Ilustración Artística



Año XIII

BARCELONA 20 DE AGOSTO DE 1894

Núm. 660



LA MISA MATINAL, cuadro de Laureano Barrau
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

SUMARIO

Texto. - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Metamorfosis*, por Antonio de Valbuena. - *El anillo*, por Juan Buscón. - *Nuestros grabados*. - *Novela nocturna*, por Antonio Albalat, con ilustraciones de Vogel. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Electricidad práctica*. - *Chassis transformador de fotografías* - Libros enviados.

Grabados. - *La misa matinal*, cuadro de Laureano Barrau. - *Pequeña normanda*, cuadro de José Jiménez Aranda. - *Un estudiante de antaño*, cuadro de Guillermo de Lindenschmit. - *El buque de guerra japonés «Yoshino-Kan.»* - *Acorazado chino «Chen-Yuen.»* - *Colina del Consulado y puerto de Chemulpo, Seoul.* - *Vista de Seoul, capital de Corea.* - *Un general coreano.* - *Centro de Seoul y edificio en donde está colgada la campana de la ciudad.* - *Tipo de coreano.* - *Mapa de la península de Corea.* - *En casa de los humildes*, cuadro de Fernando Villaert. - *Costumbres españolas*, cuadro de L. Alvarez. - *La emperatriz del Japón.* - *El príncipe Arishagawa.* - *El conde Athuma Shigenobu.* - *El emperador del Japón.* - *El conde de Hirsbumi.* - *Sistemas de instalación de canalizaciones eléctricas interiores.* - Figs. 1 y 2. *Chassis fotográfico transformador.* - *Condorcet*, estatua de M. Perrin.

CRÓNICA DE ARTE

Aunque parezca mentira, y a pesar de encontrarnos en pleno verano, desierto y semidesierto Madrid y la gente artista repartida por toda España, hay materia para hilar una *Crónica de arte*.

Por primera noticia daré una interesante para los escultores españoles, noticia dada ya hace días en *El Liberal*, pero sin carácter de cosa segura. Al presente, la noticia es exacta y acerca de ella llamo la atención de cuantos tengan que ver de un modo directo con lo que se trata. Leo en la prensa asturiana llegada hoy 13 de agosto: «*Monumento a Pelayo.* - La comisión provincial, en sesión del 1.º del corriente, acordó suspender el concurso anunciado para erigir en Covadonga un monumento en honor del rey don Pelayo, hasta que la Excelentísima Diputación resuelva lo que proceda acerca de algunas observaciones que, sobre las bases de la citada convocatoria, formuló la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.»

Ocurreseme que las dudas expuestas por la Academia en esta segunda convocatoria exactamente igual a la primitiva, pudo haberlas expuesto ya entonces, evitando así gastos inútiles a los diez ó doce escultores y otros tantos arquitectos que asistieron al asendado concurso. Y ocurreseme más; ocurreseme pensar que habiendo, como había en el concurso citado, obras acertadas y á todas luces dignas del premio, la declaración de *desierto* hecha por aquel alto cuerpo consultivo obedeció, como hube de apuntar en estas mismas columnas, á la molestia que le causaba el que la Diputación provincial de Oviedo, no solamente hubiese prescindido de su concurso para la redacción de las bases de la convocatoria, sino también que no diese al dictamen académico fuerza legal de ejecutoria; por todo lo cual vinieron á pagar, un poquito caros, los vidrios rotos los artistas, quienes fiados en la rectitud y buen criterio de la gente inmortal trabajaron con entusiasmo por una causa perdida.

Me daré por satisfecho con que la noticia arriba transcrita evite nuevos gastos y nuevas molestias á los escultores que se dispusieran á asistir de nuevo al concurso de que me ocupó.

En cambio, pronto saldrán las convocatorias para los certámenes que deben celebrarse con objeto de erigir una estatua á Guzmán el Bueno en León, y otra ecuestre en Logroño al general Espartero.

* *

Hablemos de otra cosa. La tómbola que el Círculo de Bellas Artes estableció en el local de la última exposición por esta sociedad celebrada, con objeto de allegar recursos para erigir una estatua á Velázquez, dió el resultado siguiente: Copio: «Cuanto al resultado, lo dice con lisonjera elocuencia la nota de Tesorería, que si bien no definitiva, sufrirá ya pequeña alteración. - De las 10.000 papeletas «encantadas», se han vendido 4.957, ó sea próximamente la mitad, cuyo producto asciende á 9.815 pesetas; se han adjudicado en suerte 109 premios, quedando á beneficio del Círculo buen número de donativos, importantes muchos por su valor y por la calidad de sus autores, cuyos nombres publicará detalladamente *El Boletín* (del Círculo de Bellas Artes) así como los títulos de estas obras, que quedan como reserva ó base de nuevas rifas ó subastas. - Por tan próspero resultado, entiende la Comisión que no es preciso el cumplimiento de su acuerdo de dedicar, inspirado en el espíritu de otra Junta general, el 50 por 100 del producto líquido de la Exposición al aumento de la suscripción del monumento, tanto más, cuanto que la suma, insignificante para el proyecto, mermaría uno de los ingresos necesarios para la vida del Círculo.

lo. Como consecuencia, pues, de esta separación de cuentas, habrán de deducirse de la suma anterior las 1.501 pesetas de gastos ocasionados por los impresos, material, decorado, dependencia, etc., quedando un producto líquido de 8.314 pesetas, primera suma de la suscripción, depositada ya en el Banco, etc.»

He aquí el resultado de la iniciativa del Círculo, iniciativa laudabilísima sin duda alguna; pero que, como el ilustre colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA D. Emilio Castelar dijo hace algunas semanas en estas mismas páginas, coincidiendo con lo por mí expuesto desde *El Liberal* unos días antes, no puede ni debe permitir el Estado, y en nombre del Estado el gobierno, que lleve á cabo de un modo mezquino, por no serle permitido de otro, lo que por deber ineludible pertenece á la nación española, una sociedad particular, si inspirada por generosos impulsos, desconocedora de los límites á que debe llegarse en todo aquello que al honor de las glorias patrias atañe. A bien que en las primeras sesiones que celebren las Cortes en su próxima reunión será presentada por un diputado una proposición de ley, que firmarán diputados de todos los lados de la Cámara, para que se vote un crédito alzado, con objeto de elevar al autor de *Las Meninas* un monumento que supere en grandeza, cual corresponde hacerlo á la patria del pintor inmortal, á la estatua ecuestre del gran Velázquez modelada por Fremiet para el jardín de Luxemburgo en París.

Por lo demás, el Círculo de Bellas Artes no más que aplausos merece por su idea y por las gestiones que para allegar recursos con el objeto dicho ha hecho y está haciendo; pues según *El Boletín* de la sociedad, además de las obras sobrantes citadas tiene en su poder «varias hermosas aguas fuertes y acuarelas donadas por distinguidos artistas bávaros, que si no pudieran figurar en la Tómbola, por el retraso de su llegada, ocuparán en otra futura lugar preferente.» Tiene también el Círculo una hermosa colección de grabados de la Calcografía Nacional, remitida por el director general de Instrucción pública, y varias obras nuevas de artistas españoles, así como la promesa de donativos de artistas americanos.

* *

Hemos dedicado largo espacio á la cuestión del proyectado monumento de Velázquez con objeto de que, para su día, las cosas estén claras y se sepa lo que corresponde á Dios y lo que corresponde al César; ahora hablemos de las exposiciones regionales, de las cuales y acerca de lo beneficiosa que puede ser para la pintura española su existencia, he tratado en mi último artículo *Verdades y Mentiras*.

Hácese lenguas los periódicos bilbaínos de la bondad de las obras que figuran en la exposición que actualmente se celebra en aquella heroica é industrial capital. A juzgar por las firmas que conozco, seguramente que habrá obras dignas del encomio de las gentes aficionadas. Que yo recuerde, figuran cuadros de Muñoz Degraín, Moreno Carbonero, Urrabieta Vierge, Jiménez Aranda, Cutanda y de varios no menos distinguidos pintores catalanes. A juzgar las obras han marchado cuatro individuos de la sección de Exposiciones del Círculo de Bellas Artes de Madrid: son éstos Saint-Aubin (D. Alejandro), Romea (D. Luis), Gómez (D. Jerónimo) y Madrazo (don Ricardo). En el establecimiento del semanario que se publica en esta corte titulado *Blanco y Negro*, se está tirando el catálogo ilustrado de esta exposición.

Málaga no quiere ser menos que Madrid y Barcelona; así pues, el ayuntamiento de aquella ciudad andaluza ha redactado un reglamento de exposiciones artísticas, que se verificarán anualmente y durante los festejos que allí se celebran en el mes de agosto. La convocatoria para estas exposiciones la hará el ayuntamiento dentro de los quince primeros días del mes de mayo, y el Jurado de calificación lo compondrán catorce individuos, además del alcalde, que los presidirá. De éstos catorce miembros ocho serán elegidos por los expositores.

Otra exposición debe celebrarse en Madrid en septiembre del año próximo. Esta exposición, iniciada por el Sr. Balaguer, se titulará *Ultramarina de Bellas Artes* y se celebrará en el palacio del Museo de Ultramar, palacio que debe sufrir, según tengo entendido, obras de ampliación, para que pueda servir de exposición permanente á las obras de los artistas filipinos y cubanos y á las que remitan las repúblicas del Sud de América.

También los artistas españoles podrán concurrir á esta exposición y hacer que figuren en la permanente; pero, para una y otra, los asuntos han de ser necesariamente de historia ó costumbres del Nuevo Mundo y Filipinas. En cambio los artistas ultramarinos tienen libertad absoluta para pintar ó esculpir lo

que quieran. Para adquirir obras de esta exposición próxima se destina una crecida suma.

A propósito, ahora recuerdo que *por fin* tendremos exposición nacional en mayo próximo.

Otra noticia: El Círculo de Bellas Artes de San Sebastián invita á los artistas españoles para que remitan obras al salón que acaba de instalar en aquella capital. Las obras se aseguran y cada una deberá llevar marcado el precio, que se entregará íntegro al autor, en el caso de venta.

* *

Y ahora dedicaré un buen espacio al examen de los proyectos que referentes á Bellas Artes tiene en estudio el señor ministro de Fomento, si esta *crónica* por su carácter especial me lo permitiera. Sin embargo, anotaré, aunque sea á vuelo pluma, cuáles son aquéllos, pues de los puntos flacos de que adolecen pienso ocuparme por partida doble y con calma, que bien lo merecen.

Uno de los proyectos es ya un hecho. La creación del Museo de arte contemporáneo, que deberá instalarse en el nuevo edificio de la Biblioteca, era de necesidad; pero seguramente que el Sr. Groizard no creará que á él se le debe, puesto que al trazarse el edificio mencionado se trazó contando con la instalación del referido Museo. En éste deberán figurar únicamente los cuadros y esculturas de autores contemporáneos más notables y las obras que sean premiadas con medallas de oro en las exposiciones nacionales. Para escoger los primeros, existentes hoy en salas y sótanos del Museo del Prado, ha sido nombrada una comisión, compuesta del director de Instrucción pública, Madrazo (D. Pedro), Palmaroli, Ballart y Picón. Otro de los proyectos es el de trasladar nada más ni nada menos que la basílica de San Vicente de Avila á esta corte. Aquel monumento, uno de los más preciados que guardan las célebres murallas de la ciudad de los Dávilas, será montado en el jardín del Museo Arqueológico. Otro de los proyectos... Tomemos aliento.

Otro proyecto, y éste ya tiene mayor trascendencia, es el de dividir las escuelas de Bellas Artes en elementales, superiores y la central. En las dos primeras se enseñará música. Otro es el de reorganizar las enseñanzas en la misma escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado, con arreglo á un criterio... ¡Tente, pluma! Otro es el de reorganizar también la de las escuelas de Artes y Oficios. ¡Dios ponga tiento en las manos del señor ministro, porque tengo mucho miedo á que, dejándose llevar de su espíritu reformista, ponga peor las cosas de lo que están!

Sí, peor de lo que están. Crea el Sr. Groizard que para acometer la reforma de la enseñanza, así en la escuela de Bellas Artes como en las de Artes y Oficios, son menester mucha cautela, mucho tiempo y muchos conocimientos técnicos. No piense el señor Groizard que por el camino emprendido, cual es el que indica la creación de los peritos electricistas, se va á ninguna parte; el buen deseo ha engañado al señor ministro de Fomento; le ha hecho ver una nueva é importante rama de las enseñanzas modernas científicas en las aplicaciones de la electricidad, y como otro ministro de Fomento que no habré de nombrar, que creó el cuerpo de ingenieros industriales, se ha equivocado de medio á medio.

Parten todos los ministros de Fomento al acometer reformas en las enseñanzas de las escuelas de Artes y Oficios de puntos de vista completamente falsos. Deslumbrados por la organización vastísima que á estas enseñanzas de oficios y de artes industriales se les ha dado en naciones eminentemente industriales y fabriles, no han pensado un momento en el estudio de las necesidades, carácter de los productos, enseñanzas históricas que sobre el particular nos suministra el atento examen de las producciones manufactureras de España. Puede tener como cosa cierta el señor Groizard que nada significan reformas parciales en la enseñanza, sea ésta de lo que quiera; tan sólo un plan general, que obedezca á un criterio firme y maduro, podrá tener importancia é imprimir nuevos rumbos; pero para redactar una ley, no solamente es necesario un gran dominio de las materias legislables, sino tiempo, mucho tiempo, escuchar muchos pareceres, compulsar muchos datos, adquirir otros no existentes, y por último haber dedicado la vida entera al conocimiento de lo que se trata.

Enciclopedistas de la talla de Diderot, fundador de estas enseñanzas de artes y oficios, hay muy pocos; porque, créame el Sr. Groizard, hoy no puede haber enciclopedistas; gracias con que haya especialistas.

¡Hay tanta distancia de la jurisprudencia, ciencia en que es maestro el señor ministro, á estos otros conocimientos complejos de que vengo hablando!..

R. Balsa de la Vega

METAMORFOSIS

El día no había estado malo, y la caza tampoco había pintado de lo peor: se habían matado quince piezas menores y un corzo, de modo que teníamos bastantes motivos para estar satisfechos.

Pero nos había pasado un percance que, aunque no era del género trágico, de esos que suelen ocurrir con demasiada frecuencia en las partidas de caza, no dejaba de achicar un poco nuestra satisfacción.

Por descuido del criado que tenía el encargo de cuidar las provisiones, unos perros de ganado nos habían comido la merienda.

De suerte que cuando á la puesta del sol nos reunimos á merendar, no hubo de qué darlas.

¡Y cuidado que por nuestra parte había las mejores disposiciones del mundo! Como que habíamos almorzado antes de las once, con poca gana, y habíamos pasado luego todo el día subiéndolo y bajando vericuetos.

En fin, la cosa no nos hizo gracia; pero como no tenía remedio, hubimos de resignarnos á emprender, así, de vacío y para desengrasar, la caminata de una legua *à pedibus* hasta Zarzalejo, donde cogéramos el sud-expreso á las diez menos cuarto.

Llegamos á Zarzalejo, ya bien de noche, con un hambre... ó mejor dicho con cinco, porque cada uno llevaba la suya, y bien pudiera decir con diez, porque la de cualquiera de nosotros valía por dos hambres regulares, cuando menos.

En aquella estación, que casi no lo es, no había medios de matarlas. ¿Qué iba á haber allí? Buena voluntad sí que había por parte del jefe, que era persona fina, de más discreción que sueldo, y por parte de sus hijas, dos pobres muchachas de diez y ocho á veinte años, muy sencillas y amables, las cuales á las preguntas de Manolo Jarandilla, que era el más despaeciado por comer, contestaron que, mientras llegaba el tren, nos freirían unos huevos, pudiendo poner además á nuestra disposición una libreta de pan y una botella de vino, lo que tenían para su cena.

Manolo Jarandilla y Pepe Rojas aceptaron el ofrecimiento y cenaron en el portalín de aquel casucho, en una mesa que improvisó la solicitud del jefe, poniendo encima de una silla la caja de la recaudación. Los otros tres, como faltaba ya poco más de media hora para la llegada del sud-expreso nos resolvimos á aguantar un poco más el hambre para cenar á bordo en toda regla.

Llegó el tren á su hora, como sucede algunas veces; montamos en él, y los tres que no habíamos cenado nos acomodamos en seguida en el restaurant, dispuestos á sacar la tripa de mal año, como suele decirse.

Pepe y Manolo dijeron que iban á vernos cenar, pero por fin también reforzaron un poco la cena del apeadero.

De sobremesa y cuando pasábamos por Villalba, en cuya cercanía estaba viviendo otro amigo nuestro

recién casado, comenzamos con este motivo á hablar del matrimonio, que tenía entre nosotros enemigos acérrimos y partidarios decididos.

— No le hagáis caso, dijo Luis Carbajal, refiriéndose á Jarandilla, que acababa de soltar una atrocidad contra el matrimonio; no le hagáis caso, pues ahí donde le veis comparando la boda con el suicidio, ha estado ya á dos dedos de casarse.

— Hombre, tan cerca como á dos dedos no, replicó Jarandilla; pero confieso que estuve en peligro... y me horroriza sólo el pensarlo; pues, ya lo he dicho y lo sostengo: el que se casa es más desgraciado que el que se suicida. Porque éste se va al infierno de un salto sin más sufrimiento acá en el mundo, mientras que el que se casa comienza por tener un infierno acá, para luego caer probablemente en el otro, puesto que la desesperación que al cabo se ha de apoderar de él, no puede conducir á otro sitio.

— Bueno: esa es la chifladura que te ha dado ahora, repuso Carbajal; mas no decías eso cuando

hubiera hablado á gritos, era imposible oírle con aquellos martillazos infernales.

Salimos del túnel, disminuyó el ruido del tren, continuó éste deslizándose rápidamente por curvas y contracurvas en dirección al apeadero de las Matas, y siguió Jarandilla el interrumpido relato.

— Iba diciendo que hasta se discutía si la viudita era efectivamente viuda ó no lo era. Pero sobre este punto la discusión no se sostuvo mucho tiempo, pues había personas que se suponían enteradas, y decían saber el nombre del marido, cuándo, dónde y de qué había muerto, con otros detalles de esos que apenas dejan lugar á duda. De todos modos, el caso era que la viudita había entrado en Madrid con buen pie, puesto que llamaba mucho la atención, que es á lo que ante todo aspiran las mujeres. Yo la conocí en el baile de casa Villaoliva, donde me la enseñaron ya como una celebridad; no dejando de parecerme extraño que hubiera logrado ir allí, donde, como sabéis, todavía se hila delgado en materia de relaciones. Al principio no me pareció una cosa del otro jueves.

estabas enamorado de la viudita...

— ¡Hola!.. ¿Conque una viudita?

— ¿Cuándo ha sido eso de la viudita?

— ¿Quién es esa viudita?..

— ¡Que se cuente eso de la viudita!

— Sí, hombre, cuéntanos esa aventura de la viudita.

— No fué aventura, dijo Jarandilla por contestación á todas nuestras exclamaciones; no fué aventura ni fué nada, gracias á Dios; pero más que de aventura llevaba camino de tragedia, quiero decir, de casamiento... Es raro que no os acordéis, continuó, pues á lo sumo hará siete ú ocho años. No se hablaba de otra cosa en Madrid aquel invierno. En las conversaciones insulsas de los sietemesinos, como en las conversaciones picantes de los hombres de cierta edad, era la viudita el plato de más gusto; así como también era el paño donde con más libertad y más afición se ejercitaban las tijeras, en las conversaciones despiadadas de las señoras que juegan al tresillo en la tertulia ó forman sentadas el marco del salón de baile. Ya se sabía: en el vestíbulo del Real á la salida, en el pasillo central durante el entreacto, en el Español las noches de moda, en la comedia las noches de estreno, en Lara los lunes, y cualquier otro día de la semana en cualquier otro teatro en que se celebrara función á beneficio de los pobres de tal ó cual parroquia, la verdadera beneficiada era la *viudita*, alrededor de la cual giraban todas las conversaciones. Se disputaba si era ó no marquesa de verdad, si era más ó menos guapa de lo que en los primeros días se había dicho, si era más ó menos rica de lo que al principio se había creído, si su difunto marido era mejicano ó catalán, y hasta se discutía si...

El ruido estrepitoso del tren, al entrar por el túnel de Torrelodones, hizo á Manolo Jarandilla suspender en este punto la narración, pues como no



Pequeña normanda, cuadro de José Jiménez Aranda
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Guapa sí, me pareció guapa; pero no hasta el extremo de poder inspirar pasiones violentas ni de producir grandes entusiasmos. Quise luego mirarla con detenimiento, por ver si descubría en ella lo que tanto entusiasmaba á los demás, y en cuanto notó que yo la estaba mirando, bajó los ojos con un aire de modestia muy agradable. Torné á mirarla al poco rato, y lo mismo, apenas sus ojos se encontraron con los míos, los bajó como ruborizada. Seguí mirándola mucho toda la noche, porque me llamaba ya la atención, y francamente, me gustaba aquella modestia; procuraba sorprenderla en los momentos en que estaba más distraída, y ya se sabía, cada encuentro de miradas se repetía aquella bajada de ojos encantadora. Los amigos que estaban conmigo, los que me la habían enseñado, lo notaron al instante, y empezaron ya aquella misma noche con la broma de que la viudita me distinguía, pues no hacía eso más que conmigo. El caso es que desde aquella noche comencé á gustarme, y en pocos días llegó á interesarme de una manera que me hizo cambiar de costumbres, y en fin, que no sabía lo que me pasaba. La veía por las tardes en el paseo, por la noche en el Real, por la mañana cuando iba á misa, siempre elegante, siempre de negro, y cuando no, de negro y lila, y siempre bajando los ojos cuando yo la miraba. A fuerza de oír decir á mis amigos que me distinguía y que se conocía que era el único que la había llenado el ojo, casi llegué á creerlo, y en la esperanza de ser bien acogido quise hacerme presentar á ella. La cosa no era tan fácil como pudiera creerse, porque si tenía muchos admiradores, relaciones

tenía muy pocas, ¡como que nadie la conocía en Madrid dos meses antes! Un discípulo mío de la Universidad me llevó á uno de aquellos grandes bailes que daban los marqueses de Casa-Ganchillo, donde seguramente iría ella y donde otra señora americana amiga suya y conocida de un amigo podría hacer la presentación. Figuraos si estaría yo bien chiflado por ella y, bien ciego, cuando consentí en ir al baile de aquella familia de ladronuelos, pues él se enriqueció robando primero en las Aduanas de Cuba y estafando después en las oficinas del Tesoro á los portadores de letras, y el padre de ella, comprando al desbarate bienes nacionales, cuando nadie lo quería comprar por temor á las censuras eclesiásticas... Hoy por desgracia hay en Madrid sobre este particular una manga tan ancha, que puede decirse que es manga perdida. Las familias de abolengo más glorioso reciben á esos advenedizos y van á su casa,

Bien conocéis mis ideas. Yo no transijo con esa decadencia de las buenas costumbres, y á no haber estado medio loco, no hubiera puesto allí los pies. Tampoco me sirvió de nada; pues la viudita no fué. Según dijo la otra americana amiga suya, se hallaba indispueta... Con lo cual seguí lo mismo, ó si no lo mismo precisamente, cada vez peor, cada vez más enamorado, siempre intranquilo, sin comer apenas,

¡Estaría bueno que á estas horas fueras á enamorarte!..

— Pues mira, que no ando muy lejos... No lo digas dos veces.

— ¡Bueno, hombre! Después de haber pasado lo mejor de la vida burlándote de los que se enamoran y de los que se casan...

— Pues ahí verás... Cuando menos se piensa... Dicen que boda y mortaja del cielo baja...

— ¿Y quién es ella, si se puede saber?

— Sí, tú sí lo puedes saber, y lo sabrás; pero después que lo sepa yo, que tampoco lo sé todavía...

— ¡Hombre! Eso tiene gracia... Estás enamorado ¿y no sabes de quién?

— Lo mismo que te lo digo.

— Pues no lo entiendo.

— ¿No has oído hablar de la marquesa de Tabasco, de la viudita, que es como generalmente la llaman?

— No. ¿A quién quieres que oiga yo hablar de esas cosas?

— Pues hija, es la mujer que hoy da ruido en Madrid, la que tiene mayor número de adoradores. Y cosa rara, se empeñan todos en que yo soy el único á quien hace caso...

— ¡Y no la conoces!..

— No. Pero ¿sabes de qué lo sacan? De que cuando la miro se pone colorada y baja los ojos, con lo cual parece que da á entender que siente algo por mí. Porque con los demás no hace eso. Al contrario, sufre las miradas de todos con indiferencia y á veces las sostiene con una altanería rayana al descoco; y en cuanto me ve á mí, baja los ojos con una gracia y con una pudorosa timidez que es un encanto... Por eso han dado en decir que me distin-

gue... Pero no caerá esa breva... ¡Ah! ¡Sería yo el hombre más feliz del mundo! Ya ves: una americana... muy rica, y luego muy hermosa... Y eso que, si se mira bien, parece que no tiene en las facciones nada de particular. Pero los ojos... aquellos ojos me producen una fascinación que no puedes figurarte.

— Sí, ya veo que te tiene fascinado...

— La primera vez que la vi, se me figuró como si la hubiera visto ya muchas veces: no me fué nada nueva su fisonomía; me parecía como si estuviera acostumbrado á verla. Y es que se conoce que es el tipo ideal de mujer que yo me había formado... Vamos, la mujer soñada. Si la vieras... Una tarde has de venir conmigo al Retiro para que la conozcas.

— Bueno, sí; ya tengo deseo de ver qué deidad es esa que casi te ha hecho perder el juicio.

— ¡No lo sabes bien!..

La primera tarde que fuí con mi hermana al Re-

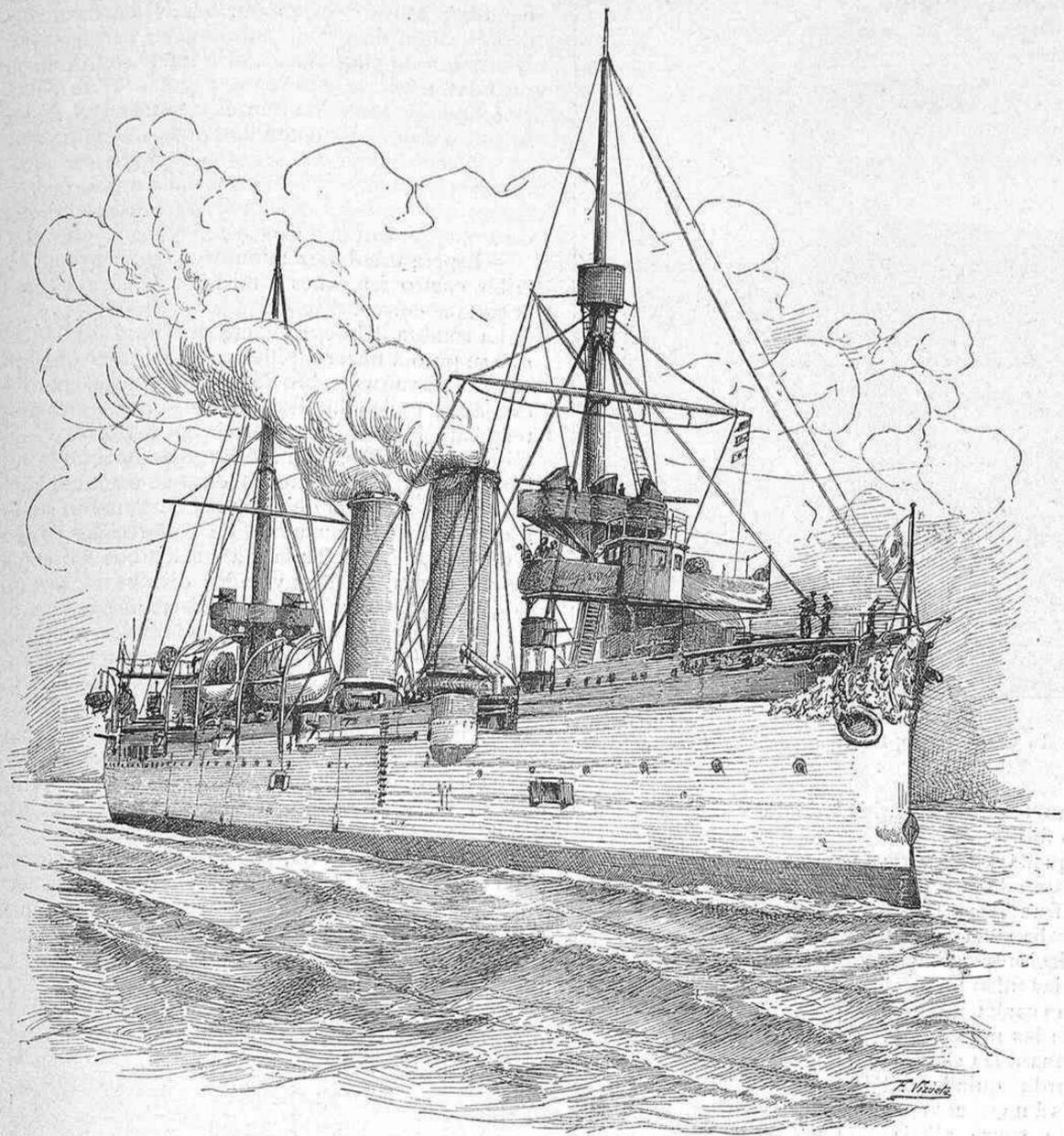


Un estudiante de antaño, cuadro de Guillermo de Lindenschmit

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

sin dormir, siempre pensando en volver á ver á la viudita y en hablarla... Vivía entonces en Madrid mi hermana Luisa, pues mi cuñado era entonces secretario de la Junta consultiva de caminos, y como yo estaba solo en casa, pues mi padre pasó casi todo aquel invierno en Extremadura, comía todas las tardes con ellos. Y, es claro, en aquella temporada me distraía en la mesa, no contestaba ó tardaba en contestar á lo que me preguntaban, comía de prisa y poco, y en lugar de estar como antes con mis hermanos un gran rato de sobremesa, me levantaba con el bocado en la boca y me marchaba al teatro ó adonde creía que había de ver á mi tormento. Mi hermana, para quien no podía pasar inadvertido el cambio, me dijo una tarde cuando estábamos esperando á su marido para comer:

— Chico, pero ¿qué te pasa?.. Estás transformado, no aposentas en ninguna parte... Tú tienes algo...



El buque de guerra japonés «Yoshino-Kan»

tiro no fué la viudita á paseo. Dimos unas vueltas y nos volvimos sin haberla visto.

Al día siguiente fuimos más tarde, cuando ya volían algunos coches, y antes de llegar á la estatua del pobre D. Baldomero distinguí su magnífico tronco de caballos tordos y dije á mi hermana:

— Fíjate en ese *milord*...

Mi hermana se fijó en el coche y la vió. Yo me hice el distraído, pero advertí que también al ver á Luisa bajó los ojos. Mi hermana se quedó mirándome, y en cuanto acabó de pasar el *milord* de la marquesa de Tabasco, soltó la risa.

— ¡De qué te ríes?, la pregunté asombrado.

— ¿De qué me he de reír, hombre?, me contestó. ¿De qué quieres que me ría? De tu *ideal*... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!, y continuó riéndose. ¡Vaya un ideal!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! La mujer soñada... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Mi asombro crecía: me figuraba que mi hermana se había vuelto loca, y ella continuaba riendo.

— Que te parecía que la habías visto muchas veces... ¡Ya lo creo que la habías visto! Como que está cansada de servirte á la mesa y de plancharte las camisas...

— Pero ¿qué dices?.. ¿Estás loca? ¿Quién crees que es?

— Mi doncella, bobo, mi doncella, Pepa; la doncella que yo tuve en Sevilla de recién casada, la que tenía cuando tú fuiste á pasar con nosotros la Semana Santa y la temporada de la feria...

— Tú no estás buena, criatura... Eso es imposible.

— Si hombre, sí; no seas bobo: ¡mira si la conoceré yo! Por eso baja los ojos cuando nos ve... No te quede duda de que es ella.

— Pero ¿cómo se ha verificado esa metamorfosis?

— ¡Dios sabe!..

— ¿Y tú no lo llegaste á saber?, preguntó Rojas á Jarandilla cuando el tren estaba ya entrando en las agujas de la estación del Norte.

— Sí: yo también lo supe después, contestó Manolo: se había verificado por un procedimiento poco difícil y menos laudable... Cuando Pepa salió de casa de mi hermana, que no la podía sufrir la desmedida afición á los novios, entró á servir allí, en Sevilla mismo, en casa de unos catalanes que eran á la sazón los contratistas de la limpieza. Se murió luego la

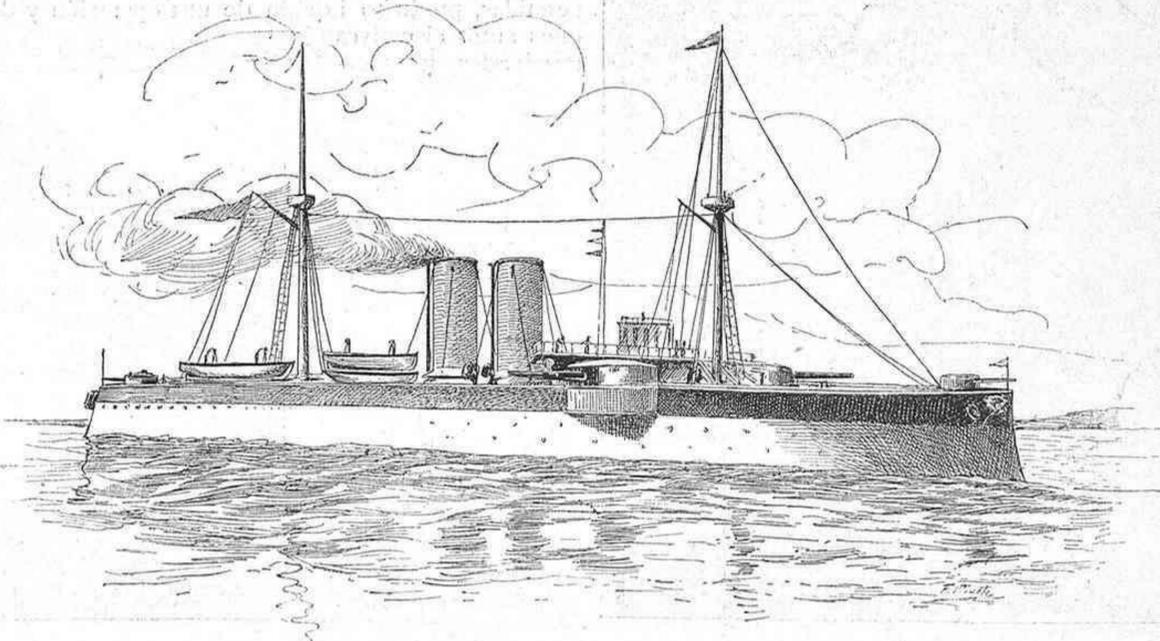
contratista, y quedó Pepa de ama de gobierno. Poco despues el catalán simuló una quiebra y se largó á Méjico en compañía de Pepa y del producto líquido de unas y otras porquerías, materiales y morales. Para redondearse puso una casa de cambio en Tabasco, y cuando se iba redondeando, se murió de repente. Pepa se hizo caja de *todo* y se vino á Madrid á lucirlo.

— ¿Y el marquesado de Tabasco?, pregunté á Jarandilla momentos antes de despedirnos.

— Era un capricho nada más; pero capricho que luego *legalizó* por diez mil duros... Y si hubiera tenido menos impaciencia no la hubiera costado nada, porque al año siguiente se casó con un hijo del ministro de Gracia y Justicia. Vaya, ¡buenas noches!

— ¡Buenas noches!

ANTONIO DE VALBUENA



Acorazado chino «Chen-Yuen»

EL ANILLO

— Le digo á usted que no puede ser... ¡Cuidado si es usted machacona!, exclamó D. Zacarías con voz agria. Diez pesetas doy..., ni un céntimo más.

— Pero señor, mire usted que costó cuarenta.

— Y á mí ¿qué?

— Déme usted catorce al menos..., las necesitamos para el casero que vendrá mañana...; le adeudamos dos meses, y nos echará sin misericordia si no le pagamos.

— Y hará bien: el alquiler es una deuda sagrada.

— Pues haga usted que pueda cumplirla.

— ¿Y yo qué tengo que ver con los asuntos de usted?

— ¡Por amor de Dios, señor!..

— Lo dicho: diez pesetas y decidirse de una vez, que hay quien espera y me hace usted perder tontamente el tiempo.

La mujer que se esforzaba en sacar unas cuantas pesetas más de las uñas del usurero por el empeño de una linda sortija que brillaba sobre la mesa, tras la cual espiaba aquél su presa, permaneció silenciosa, indecisa, durante un minuto. No quería insistir más comprendiendo cuán inútil era, y tampoco se resolvía á aceptar la operación. ¡Dos duros por su tumbaga nupcial, una joya casi nueva, que había costado ocho!

Y su rostro joven, marchitado por las penas y las privaciones, reflejaba la cruel incertidumbre del pensamiento.

— Vamos á ver... ¿qué hacemos?, dijo el prestamista.

— Déme usted eso, replicó ella decidiéndose bruscamente.

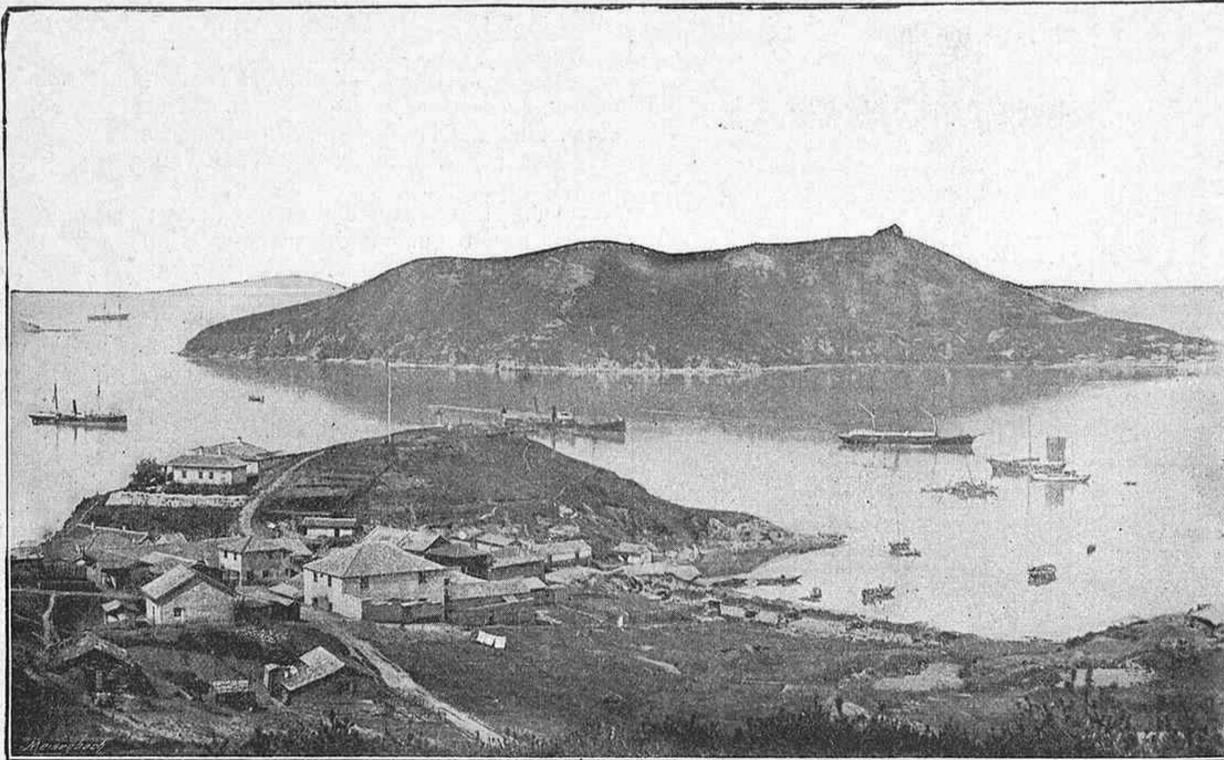
D. Zacarías cogió un grasiento registro sobre el cual garabateó rápidamente un par de líneas; hizo luego otro tanto en una papeleta impresa que firmó; puso encima de ésta un par de duros en pieza, y mientras su diestra entregaba el documento y el dinero á la mujer, su siniestra hacía desaparecer rápidamente el objeto empeñado.

Y ella, al marcharse, medio volvió hacia el usurero su semblante demacrado, que la ira enrojeció ligeramente, y dijo:

— ¡Maldito sea usted y toda su casta!

D. Zacarías tenía un espíritu demasiado práctico para conmoverse por maldición más ó menos. Además ¿no ejercía por ventura una profesión debidamente autorizada por la ley y según las prácticas establecidas desde larga fecha en todas las naciones civilizadas? ¿Qué se le podía reprochar en suma? ¿El apretar el tornillo á los clientes que apelaban á su ministerio? ¡Pues si eso lo traía el oficio consigo! Medrado estaría el prestamista que aplicara la filantropía al ejercicio de sus funciones y se dejase llevar de sentimentalismos é infundios... El negocio es el negocio y hay que emprenderlo como se debe; las cosas hacerlas bien ó no hacerlas. Y por fin de cuentas, ¿acaso iba él en busca de gente necesitada? Nada de eso; la gente era, por el contrario, quien iba en busca de él, allí, en su despacho, en su propia casa. Y los que entraban eran muy dueños de volverse, sin dejar ni un hilo de ropa, si no les acomodaban las condiciones.

Cuanto más reflexionaba D. Zacarías sobre el particular, más satisfecho se sentía de sí mismo, de su profesión y de su raciocinio, y más estúpidas le pare-



Colina del Consulado y puerto de Chemulpo, Seoul

cían las preocupaciones del vulgo que anatematizan neciamente á «uno de los intermediarios más útiles de la sociedad; más que útiles, providenciales: ¿no tiene, en verdad, algo de providencial esa operación regular y seguida, que establece, por decirlo así, una tabla salvadora entre el apuro apremiante y el capital facilitable en el acto, mediante una garantía indispensable y un interés legítimo?.. Legítimo, sí, señor; de legitimidad reconocida en todos los tiempos; el rédito es la secuela, la consecuencia inmediata del préstamo: es su esencia; la cuantía es un detalle, sólo un detalle; un efecto legal del mutuo y espontáneo consentimiento de las partes contratantes. Ni más ni menos.»

Todas las veces que D. Zacarías se veía obligado por la lógica de los hechos á repetirse á sí mismo esa serie de argumentos, la jornada se presentaba fructuosa. Acorazado el espíritu contra toda debilidad nociva, aguijoneado por la idea concreta, fija, del negocio; depurado de toda impureza sentimental, tomaba un vuelo seguro, adquiría una clarividencia suma. Los menesterosos de mayor ó menor cuantía que en ocasiones tales se arriesgaban á penetrar en el antro del judío manchego, conforme llamaban en el barrio al prestamista, por más que éste estuviese bautizado en regla desde los primeros días de su nacimiento,

podían tener la seguridad de salir desplumados á plazo fijo.

Aquella jornada que empezara con un miserable préstamo de diez pesetas y una maldición, fué de las más fructíferas. D. Zacarías, cuyo genio y actividad abarcaban una diversidad de operaciones que aunque multicolores en la apariencia tenían todas el mismo carácter, prestó desde las nueve de la mañana á las siete de la tarde quince mil reales á un sesenta por ciento sobre alhajas que valían al menos cincuenta mil; vendió á un precio muy superior al esperado algunos relojes, brazaletes y anillos cuyo plazo de rescate había finido días antes; adquirió con ventaja un crédito hipotecario que le cedió un colega falto de dinero contante; se deshizo de unas mercancías averiadas que dormían en su almacén, compradas casi de balde y vendidas como casi buenas á un tratante novicio; entregó á un joven pródigo, próximo heredero de un padre diabético en grande escala, dos mil duros á cambio de un pagaré por cinco mil; y concluyó su labor del día encerrando en la sólida caja de hierro una partida de seis mil pesetas que su procurador causídico le entregó cuando iba á salir de su despacho; seis mil pesetillas, producto líquido de una operación y de unos autos ejecutivos terminados felizmente: con cuatrocientos duros de beneficio en menos de un año.

Después de acompañar al procurador hasta la puerta y de meter el fajo de billetes de Banco en la inexpugnable arca junto con las joyas sobre las que había facilitado dinero y que fué clasificando cuidadosamente, D. Zacarías volvió á su sillón para garabatear algunas líneas más en su registro. Entonces advirtió que sobre la mesa brillaba un objeto diminuto; era precisamente el anillo, sobre

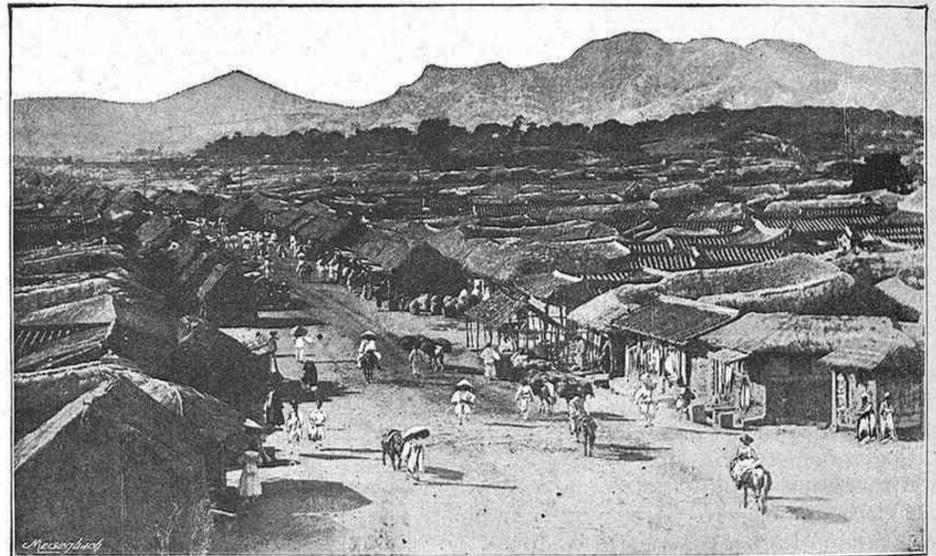
el cual había hecho el primer préstamo de aquella lucrativa jornada y que por inadvertencia había dejado allí al tiempo de encerrar las demás joyas. El usurero no pudo menos de sonreír con ironía al recordar la iracunda frase de la mujer. «Las maldiciones engordan,» murmuró mientras sus dedos huesosos jugueteaban con la tumbaga.

—¿Puedo cerrar ya, señor?, preguntó en aquel momento una voz humilde que salía de un cuerpo demacrado, casi espectral, que apareció en el dintel de la puerta: han dado las siete.

—Espere usted diez minutos más; tengo que escribir cuatro renglones á mi hijo. Se llevará usted la carta al correo.

La sombra del dependiente se eclipsó y D. Zacarías se puso á trazar rápidamente las frases que hilvanaba, no ya su cerebro de usurero, sino su corazón de padre. Quien hubiese en aquel momento contemplado las facciones del viejo explotador de la miseria y del vicio, habríase sorprendido ante la súbita transformación que en ellas se operaba. Una suavísima expresión de ternura y de contento se difundía por la faz angulosa, de endurecidas líneas; leve sonrisa endulzaba la fría crueldad de los labios delgados, descoloridos; y en los ojos grises, pequeños, impasibles, lucía ahora un destello placentero. El prestamista no era en aquel momento más que un padre enamorado, con el alma embargada completamente por la imagen de su hijo...; de su hijo ausente, de su Gaspar, del único ser humano por quien había sentido palpitar sus entrañas, en quien adoraba de tal modo, con tan ciega locura, que hasta el dinero le parecía miserable y sin valor cuando inconscientemente ponía en parangón los dos únicos afectos que en su pecho se anidaban.

Concluída ya la carta, puesto y cerrado el sobre, iba D. Zacarías á llamar á su dependiente, cuando vió adelantarse por el despacho á un individuo que después de un «¿se puede?» murmurado en el um-



Vista de Seoul, capital de Corea

bral, se colaba adentro sin más permiso ni ceremonia.

—¿Qué quiere usted?, preguntó bruscamente el usurero.

—Pues... nada..., á ver si puedo empeñar eso..

—¿Ahora?.. Es tarde ya..., pásese usted mañana.

—¿Mañana?.. ¡Ca! No, señor... El dinero no lo necesito mañana, sino ahora, y si usted no quiere, me es igual, que prestamistas no me han de faltar.



UN GENERAL COREANO



Centro de Seoul y edificio en donde está colgada la campana de la ciudad

—¿Y qué es eso?, preguntó D. Zacarías recobrando su naturaleza de usurero y no queriendo que le escapara el negocio.

—Pues... verá usted; un reloj y de los buenos... Y el tipo, que tenía todas las trazas por su rostro y su vestir y sus andares de ser una magnífica semilla de chulería y de presidio, alargó al judío un soberbio cronómetro de oro.

—¡Oiga usted!., exclamó D. Zacarías poniéndose bruscamente en pie, así que hubo echado una mirada sobre la prenda, ¿de dónde ha sacado este reloj? —¡Vaya una pregunta!., tartamudeó el otro. ¿A usted qué le importa eso?

—Responda usted..., rugió el prestamista, cuyo rostro expresaba la más violenta agitación; este cronómetro no le ha pertenecido jamás á usted...

—¿Cómo que no?.. Pues es mío y bien mío... Lo he comprado...

—Miente usted... Este reloj ha sido robado.

—¡Qué gracia!, balbuceó el hombre procurando recobrar su descaro. ¿Por qué robado?.. ¿No puede uno tener reloj propio?.. Y además, ¿desde cuándo se ha vuelto usted tan escrupuloso?

—Este cronómetro, dijo el usurero con voz amenazadora y mirada centelleante, pertenece á mi hijo... Usted se lo ha robado. ¡Bribón, canalla!.. Pero ahora ajustaremos cuentas.

El ajustar cuentas no le debió probablemente convenir al sospechoso personaje, que mascullando una blasfemia se lanzó á la puerta, saliendo disparado como un cohete, antes que D. Zacarías lograra cerrarle el paso.

«¡Al ladrón!..» quiso gritar; pero estaba tan emocionado, que el grito no pudo salir de su garganta. Dejéase caer tembloroso sobre una silla, examinó nuevamente el reloj que su garra no había soltado aún, y una sonrisa de triunfo dilató sus facciones.

—¡Parece providencial!, murmuró. Realmente es hoy un día de suerte..., un día feliz... ¡Recobrar de tan extraña manera una alhaja como ésta!.. Trescientos duros me costó, trescientos... Pero ¿cómo demonios se ha dejado robar Gaspar?.. ¡Tontín!.. ¡Tanto como le encargué que abriera el ojo y que se abrochara la levita!.. Verdad que al más listo se le pegan y que hay cada ratero... En fin, el mal está reparado y no será flojo el alegrón que tendrá el muchacho cuando sepa...



Tipo de coreano

Pero de pronto se extinguió la sonrisa que vagaba en los labios de D. Zacarías. Una duda horrible invadió su mente; una visión espantosa surgió rápida, brusca, con tal relieve y claridad de detalles que creyó durante un minuto que no era ya un pensamiento, sino sus mismos ojos los que contemplaban la siniestra escena: un cuerpo humano tendido sin vida en las tinieblas de un callejón desierto, atravesado el corazón por la hoja de un puñal... Alejábbase veloz el matador con su botín; la titilante luz de un farol ilu-

minaba con pálidos resplandores el rostro de la víctima, una faz convulsa, cadavérica, la de Gaspar.

La aparición del dependiente y su voz disiparon aquella lúgubre fantasmagoría.

—¿Qué quieres?.. ¿Qué dices?, preguntó D. Zacarías con acento turbado.

—Que hay aquí dos caballeros que preguntan por usted.

Y cuando los dos caballeros se fueron, cumplida ya la penosa misión que allí les condujera, el prestamista á quien la implacable y horrenda verdad recién sabida pareció tan sólo un sueño cruel, una visión que continuaba la que media hora antes había tenido, salió de su estupor, dirigió una mirada en torno suyo, y lo primero que vieron sus ojos divagantes fué el leve centelleo que despedía, herido por la luz de un velón, el anillo de oro, el primer empeño de aquella fructuosa jornada.

JUAN BUSCÓN

NUESTROS GRABADOS

La misa matinal, cuadro de Laureano Barrau (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Barrau, que tanto renombre adquirió con la exposición de su famoso cuadro «Gerona, 1809,» hoy existente en el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad, remitió á la exposición que acaba de cerrar sus puertas, desde París, en donde en la actualidad reside, el precioso cuadro que reproducimos, una de las más bellas y razonadas producciones de nuestro arte moderno que han figurado en el finido certamen.

Delicadamente trazada y noblemente sentida es la figura de la hermosa doncella que desciende la escalera del templo. En su bello rostro adivinase la vaguedad de su espíritu, henchido de ilusiones y esperanzas, de ensueños de paz y amor. Magistralmente trazada, pintada con notable simplicidad, honra al artista y al arte de nuestra región.

Pequeña normanda, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Cual si el insigne maestro sevillano D. José Jiménez Aranda se hubiese propuesto demostrar que cuando existen cualidades véncense los escollos, presentó en la última exposición diversas producciones, así por el género como por el procedimiento técnico de ejecución. Nuestros lectores han podido ya apreciar el precioso cuadro de caballete, titulado *Amor de la lumbre*, pintado maravillosamente, construido con



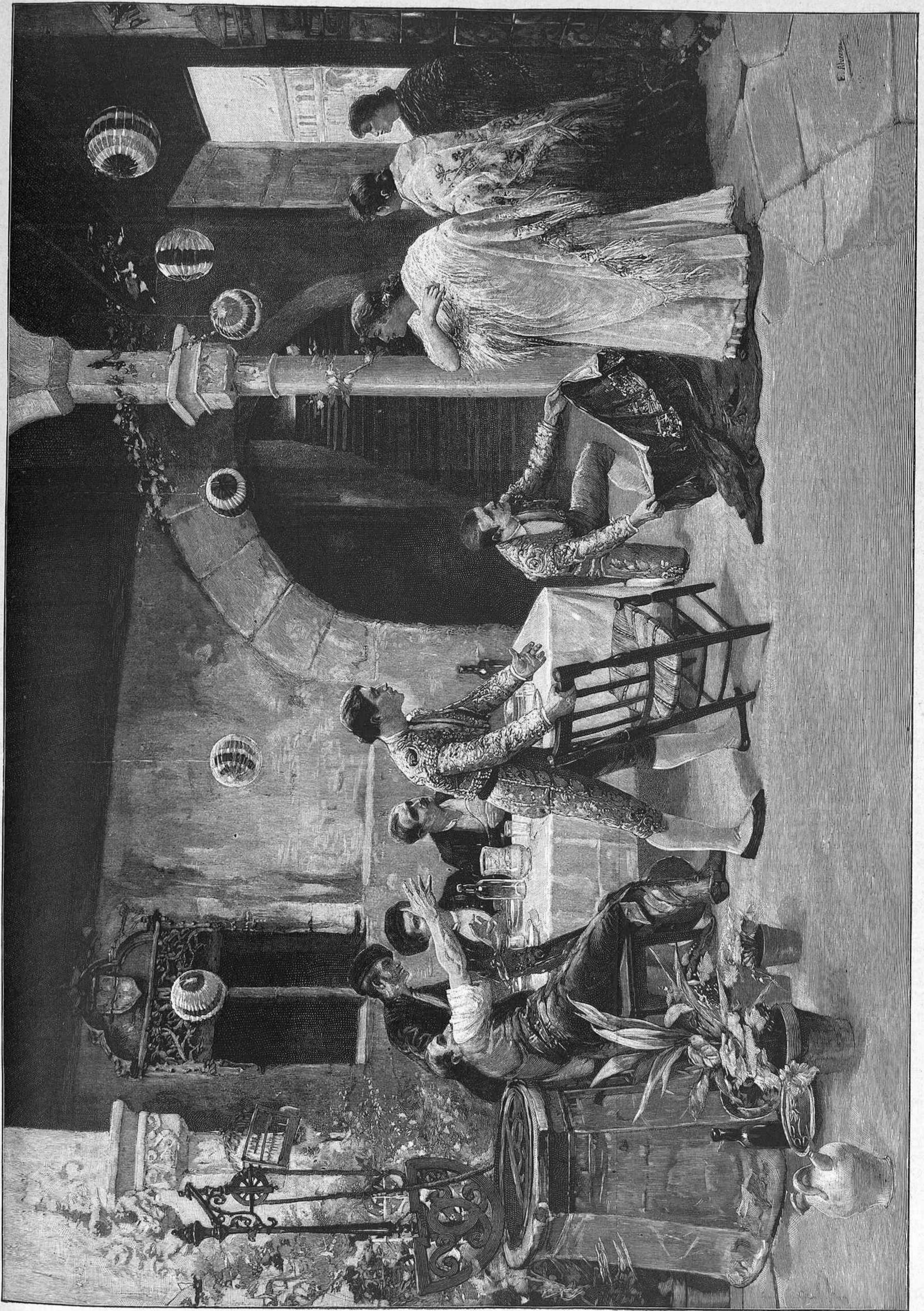
MAPA DE LA PENÍNSULA DE COREA



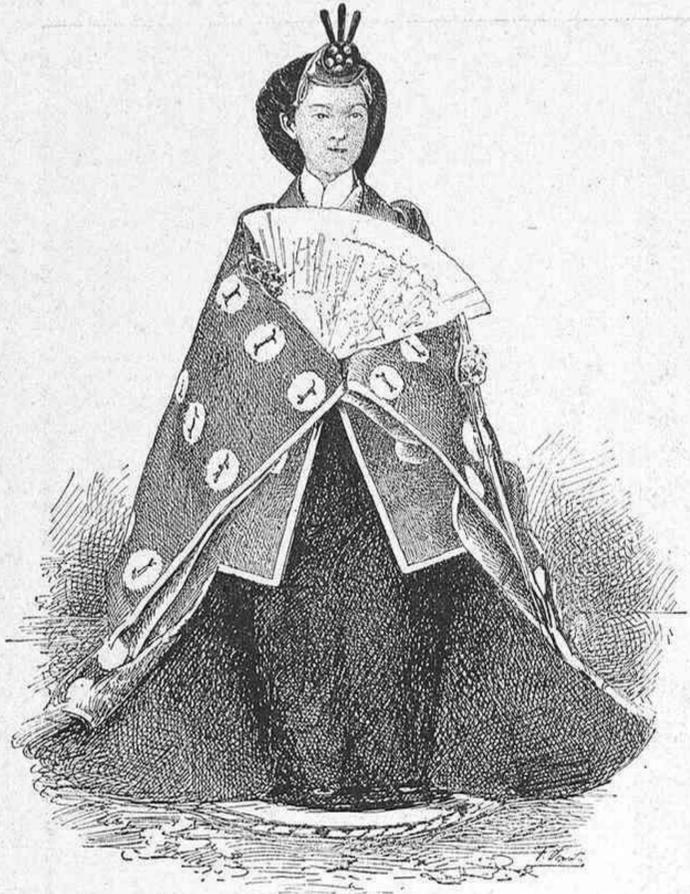
EN CASA DE LOS HUMILDES, cuadro de Fernando Willaert
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

C. TINGRETT & CO. S.A.

F. Willaert



COSTUMBRES ESPAÑOLAS, cuadro de L. Alvarez



LA EMPERATRIZ DEL JAPÓN

sin igual maestría y ajustado al concepto tan rudamente combatido por los llamados campeones del modernismo. Hoy reproducimos *La pequeña normanda*, ajustada por completo á los términos racionales de lo justo. Esta producción, que honra tanto á Jiménez Aranda cual la que citamos anteriormente, debe considerarse como la contestación gallarda y contundente de un verdadero artista, que en ese laberíntico caos, en esa balumba de opuestos conceptos, expone la nota seria, demuestra que el modernismo no excluye el dibujo ni el color, puesto que uno y otro son los elementos que han de utilizar el verdadero artista ó los que pueden ostentar tan honroso título. *La pequeña normanda* ha sido premiada por el jurado calificador de nuestra última Exposición de Bellas Artes.

Un estudiante de antaño, cuadro de Guillermo de Lindenschmit (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Preciosa es la figura del joven estudiante que reproduce nuestro grabado. Admírase desde luego la elegancia de la línea y la delicadeza de la ejecución, cualidades distintivas de todas las producciones del distinguido pintor bávaro Sr. de Lindenschmit, resultando la obra bella y simpática, pues á embellecerla contribuyen también los pormenores que la enriquecen y el fondo del lienzo. Su autor forma parte de esa pléyade de artistas que por el solo esfuerzo de su inteligencia han logrado conquistar para Munich, su ciudad natal, el elevado concepto de centro artístico del centro de Europa. El Sr. Lindenschmit dedicase especialmente á la pintura de carácter histórico, en cuyo difícil género ha logrado ya señaladísimos triunfos, desempeñando actualmente el honroso cargo de profesor de la Real Academia de Munich.

Los sucesos de Corea. — La península de Corea, situada en el Asia Oriental, hállase limitada al Norte por las posesiones asiáticas rusas y por la Manchuria (China), al Oeste por la China, y el resto de su perímetro está envuelto por el golfo de Corea, el mar Amarillo y el del Japón. Ocupa una superficie de 218.650 kilómetros, comprendiendo en ella la isla de Quelpart, y su población puede calcularse en unos ocho millones escasos de habitantes: el gobierno es una monarquía absoluta, hereditaria en la dinastía de Han y reconocida como independiente, si bien todos los años envía algunos presentes, á modo de tributo, á la China, y el ejército permanente se compone de unos 7.500 hombres, organizados y armados á la europea. La capital es Seoul, que tiene 200.000 habitantes y en



EL PRÍNCIPE ARISHAGAWA, tío del emperador del Japón, general en jefe del ejército japonés

a que no hay nada que corresponda á lo que de una población de tal importancia debería esperarse.

La historia de Corea puede decirse que es una lucha continua entre China y Japón que desde tiempos inmemoriales se disputan la supremacía en aquella península; pero en época moderna ha entrado en ella un nuevo factor importantísimo, Inglaterra, que en 1886 ocupó Puerto Hamilton, y que es de temer, conocidos como son sus procedimientos, acabe por anular á chinos y japoneses si su poderosa rival, Rusia, no logra neutralizar su acción en aquellas regiones.

La causa de la actual guerra es, según declaración del gobierno japonés, la siguiente: tras reiterados esfuerzos que desde antiguo venían haciendo los japoneses, habían por fin conseguido que el rey de Corea aceptara las reformas que se le venían proponiendo, cuando China, enemiga de reformas tales, envió por tierra numerosas tropas que pasaron la frontera coreana en demostración hostil el 25 de julio último, y no contenta con esto rompió el fuego contra unos barcos de guerra del Japón. China, por su parte, dice que como soberana de Corea y para ayudar á su vasallo el rey Li-Hui á sofocar las rebeliones, envió hace algún tiempo tropas á aquella península, en vista de lo cual el Japón, sin ningún derecho para ello, envió también algunas fuerzas que se ha negado á retirar, echando además á pique un transporte, el *Kow Shing*, que conducía tropas chinas.

Sea cual sea la causa de la actual lucha, en el fondo no es más que un pretexto para poner una vez más frente á frente á los dos imperios enemigos que hoy aprestan sus poderosos recursos para una guerra que puede ser causa de la ruina de uno de ellos y de una conflagración universal si Dios no pone tiento en las manos de las demás potencias llama-

das á intervenir más ó menos directamente en la contienda. Los hijos del Celeste Imperio esperan la victoria del número y del fanatismo con que han de defender sus pretendidos derechos contra los ataques de los bárbaros del Asia, léase japoneses, y aun si es preciso de los bárbaros de Occidente, que de tales nos califican en su incalificable soberbia á los europeos. En cambio los súbditos del Mikado fian el éxito á su estado de adelantamiento desde el punto de vista de la civilización.



EL CONDE ATHUMA SHIGENOBU, ministro de Negocios Extranjeros del Japón

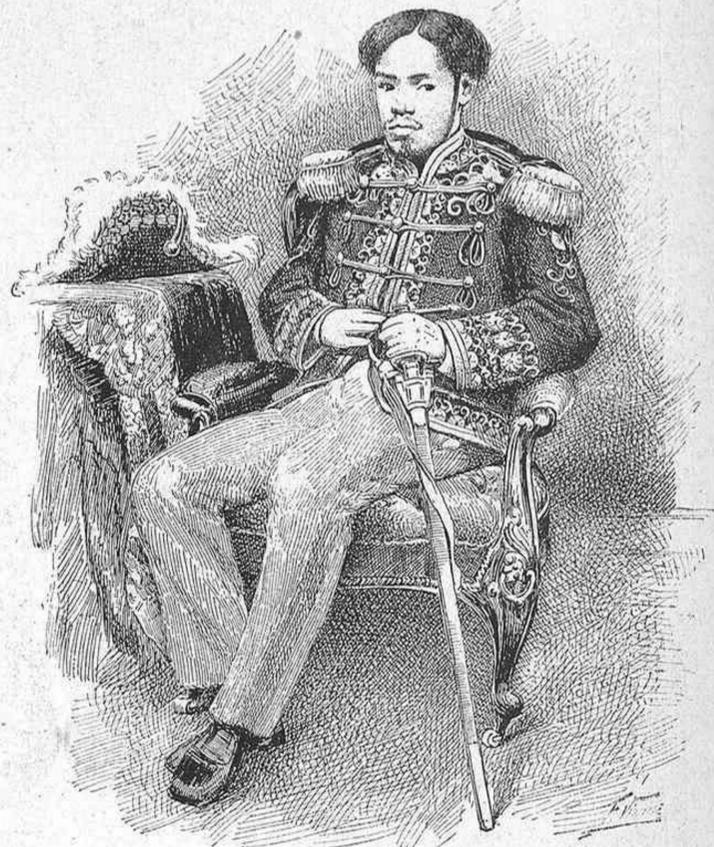
El Japón tiene 150.000 hombres en pie de guerra y su organización militar le permite en pocas semanas duplicar este número de combatientes: sus soldados, armados y equipados á la europea, están admirablemente mandados por oficiales muy inteligentes é instruidos. Sus servicios de artillería, ingenieros, transportes, telegrafía y ambulancias están tan bien montados como en Europa.

El ejército chino, superior en número al japonés, pues puede disponer en caso necesario de más de un millón de hombres, le es muy inferior en punto á organización y armamento en general.

Pero indudablemente el carácter principal de la lucha será el de guerra marítima, para la cual cuentan ambas potencias con fuertes y numerosas escuadras. China dispone de cinco acorazados, trece cruceros é infinidad de cañoneros, torpederos y transportes; el Japón cuenta con cuatro grandes acorazados, ocho cruceros acorazados también, gran número de cruceros sin coraza, cañoneros y torpederos y muchos barcos de transporte y mercantes que en caso necesario pueden convertirse en barcos de guerra.

En el presente número, además del mapa del teatro de la guerra, publicamos un tipo coreano, vistas de Seoul y de su puerto, Chemulpo, el retrato de un general coreano, los acorazados *Yoshino-Kan*, japonés, y *Chen-Yuen*, chino, que son dos de los mejores de sus respectivas escuadras y el primero, sobre todo, uno de los buques más formidables de las modernas marinas de guerra, y los retratos del emperador y de la emperatriz del Japón y de tres de los principales dignatarios de la corte del Mikado, y en nuestros números sucesivos seguiremos publicando cuantos grabados puedan ofrecer á nuestros lectores cierto interés por ser reproducción de personajes, lugares ó hechos relacionados con la lucha entre los dos imperios orientales.

En casa de los humildes, cuadro de Fernando Willaert (Exposición general de Bellas Artes de Barce-



EL EMPERADOR DEL JAPÓN

lona de 1894). — El cuadro que reproducimos es, sin duda alguna, uno de los que más han llamado la atención de los inteligentes en la Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad. La excelente obra del distinguido pintor belga Willaert recomiéndase por la exactitud de sus tonos, por ser reproducción fiel del natural, cual si el artista poseyera un poderoso objetivo para asimilarla.

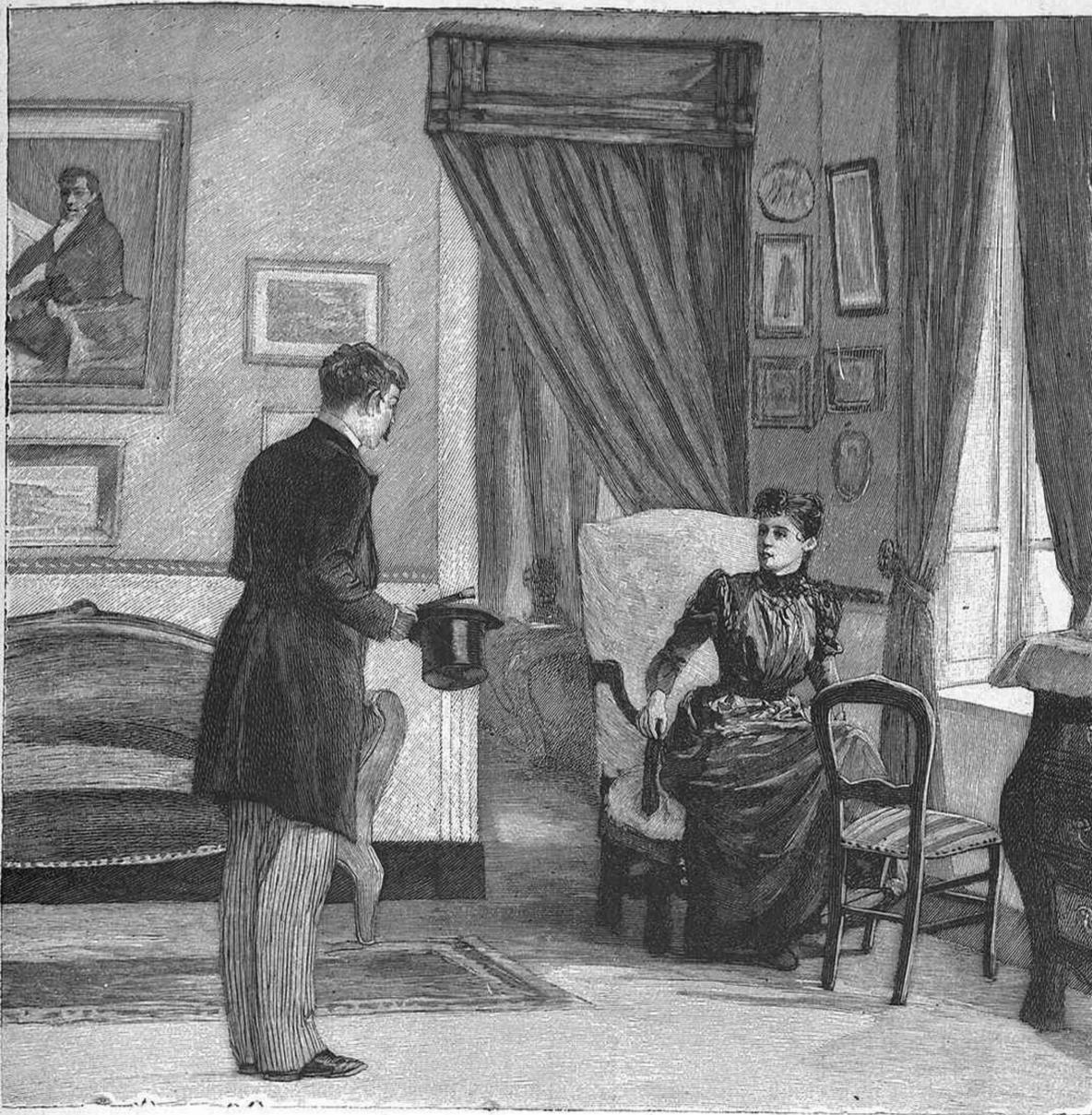
Trivial podrá parecer el asunto, y sin embargo, la situación de las figuras, su acertada tonalidad y el conjunto tan hábilmente estudiado como comprendido, hacen simpática la obra y dan á conocer las singulares prendas que para manejar los pinceles posee este artista, á quien felicitamos sinceramente por su notable producción y por el envidiable puesto que le reservan sus singulares condiciones.

Costumbres españolas, cuadro de Luis Alvarez. — Que el renombrado pintor español Sr. Alvarez cultiva con igual talento distintos géneros pictóricos sábenlo cuantos siguen con alguna atención el movimiento artístico español contemporáneo y han podido verlo palpablemente los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos publicado obras suyas tan diferentes entre sí como *Bodas del duque de Frias*, *La fiesta de las flores*, *Estrella matutina* y *La silla de Felipe II*. Enamorado, sin embargo, del género genuinamente español, siente laudables preferencias por las costumbres de nuestro pueblo, que ha estudiado con gran cariño y traslada al lienzo con maestría que pocos superan, como lo prueba, entre otros muchos, el cuadro que reproducimos, en el cual se halla admirablemente retratada la gente maja de nuestra tierra, en la que consérvese aún el rasgo de galantería que el Sr. Alvarez ha tomado como asunto principal de su pintura.

Condorcet, estatua de M. Perrin. — Esta estatua, recientemente inaugurada en París, álzase en el muelle Conti, cerca del Instituto: entre los noventa y cinco proyectos que se presentaron al concurso abierto por decreto de la Prefectura de 20 de julio de 1889, el de M. Perrin fué incluido por unanimidad entre los tres que debían verificar una segunda prueba, en la que fué vencedor también por unanimidad del jurado. Puso M. Perrin manos á la obra en mayo de 1890, y en 1892 su estatua, fundida ya, obtuvo una segunda medalla en el Salón de los Campos Elíseos. Estas distinciones, que la crítica y los aficionados han considerado justísimas, son el mejor elogio de la bellísima escultura destinada á perpetuar la memoria del gran literato, filósofo, matemático y político que constituye una de las figuras más ilustres de la Francia del siglo XVIII.



EL CONDE DE HIRSBUMI, presidente del Consejo privado del Japón



¡No creía encontrar á usted sola!

NOVELA NOCTURNA

POR ANTONIO ALBALAT. — ILUSTRACIONES DE VOGEL

A eso de la media noche, al salir del casino, Enrique fué á dar un paseo entre los plátanos que flanquean los antiguos muros de la ciudad. Por la mañana había desempeñado sus primeras funciones de abogado, y después de las emociones de aquel día de negocios, deseaba explayarse un momento, contemplando las praderas, apenas iluminadas por la luz de una incierta luna que se destacaba suavemente en el cielo. Sus padres se consideraban dichosos por su triunfo, y él mismo parecía contento, aunque tuviera suficiente fortuna á los veintidós años para dispensarse de elegir una carrera.

La noche, hermosa noche de agosto, era tibia, como si el calor del día se hubiese conservado en la atmósfera; y Enrique andaba hacía un momento, cuando de pronto vió alguna cosa como un fantasma que circulaba en el jardín del abogado Clossergues. Este jardín hallábase al pie de la muralla, que en aquel sitio forma un recodo en medio de los cañaverales y deja ver la plataforma de una atalaya. Un gran estanque brillaba en lontananza como un espejo, y el tejado de la casa dominaba las copas de los castaños.

Enrique tomó un lindero que conducía al jardín, llegó ante la verja, y sus miradas escudriñaron la espesura; pero nada vió más que la arena de las calles de árboles, con anchos espacios iluminados por la luna, que se reflejaba en el verde césped. Los árboles, inmóviles, parecían dormir á la sombra del antiguo muro, interceptando la vista del cielo. La calma de la noche llegaba hasta los barrios altos de la ciudad, escalonados detrás de la quinta y enrojecidos al parecer en los ángulos de las calles por el reflejo de la luz del gas.

Pero he aquí que de pronto Enrique percibió como el roce de un vestido de mujer deslizándose bajo el follaje. ¿Quién podía pasearse al aire libre á semejante hora? Las dos hermanas del Sr. Clossergues, ya de edad avanzada, acostábanse todas las noches á las diez, y hacía largo tiempo que debían dormir. ¿Quién sería, pues? ¿La criada? A Enrique no le ocurrió que pudiera ser la señorita Luisa, la hija del abogado Clossergues, á quien veía á menudo acompañada de

su madre al salir de la iglesia, con su gracioso sombrero de paja y su vestido color de rosa, mientras él se paseaba con sus amigos por la plaza de la parroquia. La joven tenía veinte años, y á Enrique le agradaba mucho.

Acababa de ocultarse detrás de un matorral, cuando el fantasma llegó junto á la verja, y Enrique pudo ver que era Luisa.

Sacudió un momento el borde de su falda, humedecida por el rocío, y permaneció de pie sin hacer ningún ademán. Separado por una raya en medio de la cabeza, su largo cabello cubría ambos brazos de la joven, que los cruzó lentamente sobre su pecho, levantando después sus ojos al cielo para mirar las estrellas que brillaban silenciosas en la bóveda azul. Parecía escuchar los acordes de una música lejana que se oía en el otro lado de la ciudad, en el casino Saint Pons. Después la joven volvió la espalda, y al hacer este movimiento, su abundante cabello se desarrolló del todo, llegando hasta á sus pies. Enrique no osaba moverse. ¿Qué hacía allí Luisa sola en su jardín á las once de la noche? ¡Una niña tan bien educada pasearse por la noche bajo los árboles, ella, á quien no se veía nunca durante el día!

La aparición se alejó, y después de dar la vuelta por el estanque, anduvo entre los avellanos y volvió á la gran avenida del jardín. Enrique salió de su escondite y la siguió desde lejos por detrás de la cerca. El fantasma se acercó de nuevo á la verja, y entonces el joven abogado se dejó ver; Luisa le miró sin manifestar sorpresa, y Enrique, muy turbado, saludóla, aventurando una frase trivial.

— ¿No teme usted el fresco de la noche, señorita?, preguntó.

— No, contestó la joven con dulce voz después de vacilar un momento.

— ¿Y viene usted á pasearse aquí algunas veces á esta hora?, prosiguió Enrique.

— Sí, todas las noches.

— ¿Sola?

— Es claro que sí. ¿No estoy acaso en mi casa?

Enrique no volvía en sí de su asombro por la fa-

miliaridad de Luisa, siempre tan altanera en la calle. De elevada estatura, grave y de esbeltas formas, con un sencillo vestido, cuyos pliegues caían rectos hasta los pies, en aquel momento parecía una figura de santa, pues la luz de la luna, rodeando su cabeza de un vapor luminoso, hacía destacar su pálido perfil, cercándola como de una brillante aureola.

Luisa retrocedió de pronto y agitó su pañuelo murmurando:

— Ya es tarde..., me voy.

— ¿Tan pronto?, exclamó Enrique. Quédese usted un momento más. ¡Es tan hermosa la noche!

— ¡Ah, no, me retiro!

Al decir esto comenzó á correr con tal precipitación que hizo ondear sus cabellos, y como seguía la línea del muro, Enrique oyó cómo las cañas se entreabrían á su paso para reunirse otra vez, produciendo un ruido seco. El joven tosió, mas no obtuvo contestación, y permaneció solo, escuchando el murmullo que producían las langostas en los prados. Lo que acababa de sucederle era para él una aventura que le aturdió. Aquella joven que tanto le agradaba, á quien apenas se atrevía á mirar en la calle, ahora acababa de verla y de hablar con ella á media noche, y sola, ella que no salía nunca sino con su madre ó sus tías. Y lejos de manifestar timidez, había contestado, por el contrario, y también sonreído...

Al día siguiente volvió á la misma hora y al mismo sitio, y apenas llegado, la joven acudió presurosa, adornada esta vez con una toquilla de blonda negra. A medida que avanzaba, proyectábase en la arena su sombra.

— ¿Es usted?, preguntó Luisa.

— Sí, yo soy.

— ¿Le agrada á usted pasear por la noche?

— Sí... mucho. ¿Viene usted sola?

La joven no contestó.

— ¿Y su señora madre?, preguntó Enrique.

— Está acostada.

— ¿Y no saben sus padres que viene usted á pasear por la noche al jardín?

— ¡Ah, no, si lo supiesen me reñirían!

— ¿Y cómo se arregla usted para salir?

— Descorro el cerrojo con mucha suavidad para que no me oigan.

La luz de la luna iluminaba á Luisa de pies á cabeza, como á una estatua de esas que vemos al entrar en un parque. En aquel instante retorció entre sus dedos una trenza de su largo cabello, mirándola atentamente, y al levantar el codo para arreglar su mantileta, dejó ver una pulsera de oro.

Enrique ofreció á la joven un ramo de violetas cogidas por él aquella misma tarde; Luisa las tomó á través de los hierros de la verja, y aproximándolas á su nariz para aspirar su perfume, preguntó al joven por qué se paseaba á semejante hora. Sus hermosos ojos iluminaban sus facciones á través de su desordenado cabello; tenía la nariz bastante pronunciada, pero este defecto armonizaba bien con el aire majestuoso de la cabeza.

Sin fijar su atención en lo que contestaba, levantó los ojos para mirar el cielo, del más puro azul y tachonado de estrellas, y al fin murmuró con una entonación que más bien parecía un suspiro:

— Ya es tarde..., vuelvo á casa.

— ¿Vendrá usted mañana?, se atrevió Enrique á preguntar.

— ¡Ah..., no lo sé!, contestó Luisa mirándose los dedos.

Un momento después percibióse el rumor de sus pisadas, y desapareció entre los árboles.

Enrique volvió, pisando lentamente el heno verde de las praderas, donde parecía humear una especie de neblina iluminada por los rayos de la luna; oíase el canto de los grillos, y los arroyos susurraban bajo las hierbas.

Enrique estaba enamorado, preocupábale su aventura, sentía cierto despecho y estaba casi furioso. ¡Aquello era una novela! ¿Qué hacía allí, en la soledad del jardín, una joven honrada? Seguramente que no habría ido á buscarle la primera vez, puesto que él la sorprendió por casualidad, confesando ella que salía todas las noches. ¿Esperaba por ventura á un hombre? ¿Habría interrumpido él una cita? Si así fuese, no habría hablado con él. ¿Se debería ver en aquel paseo una extravagancia ó un capricho? En tal caso, tampoco era natural que se repitiera diariamente. Al cabo de tantas suposiciones, Enrique renunció á comprender.

A la mañana siguiente le fué preciso hacer una visita al Sr. Beaumont, presidente del tribunal, y al abrir la puerta del vestíbulo encontróse frente á frente de Luisa, que salía de la casa del magistrado, de cuya familia era amiga. Contestó fríamente á su saludo, sin reconocerle al parecer, y el joven quedó como clavado en tierra por efecto de su sorpresa.

Sin embargo, por la noche la joven Luisa acudió á la cita cuando daban las once en el reloj de la parroquia. La blonda negra cubría su frente, sin dejar ver más que los dos ángulos de sus ojos y su nariz borbónica, que comunicaba tanta majestad á su lindo rostro de expresión grave. Esta vez Enrique estaba resuelto á ser audaz, á interrogarla, á besarle las manos á través de la verja para ver qué diría; mas al verla volvió á sentirse confuso y tímido, y no supo decir más que trivialidades.

- Hace fresco esta noche.
- Sí, es por efecto del rocío...
- Se ha sentido calor hoy...
- Sí, mucho.

Luisa preguntó después el nombre de las constelaciones que más brillaban en el cielo, y luego le mostró unas estrellas errantes, que arrastrando á otras, encontrábanse y cruzaban sus fuegos.

Al retirarse, se alejó andando de espaldas, al paso que hacía señas con la mano á Enrique por detrás de la verja. A la noche siguiente le dió una rosa, y el joven no pudo menos de extrañar el subido color de las mejillas de Luisa, que parecían brillar en las tinieblas. El cielo estaba nublado, y todas las ranas del estanque cantaban.

Enrique no trató ya ni siquiera de comprender. Todas las noches su asombro redoblaba; oía los acentos de la joven, y parecía notar en ellos alguna cosa extraordinaria. Por otra parte, no podía imaginar que aquella Luisa tan piadosa, que iba tan devotamente á misa llevando en la mano su devocionario, fuese la misma persona que le esperaba todas las noches detrás de la verja, con su toca negra y su cabello en desorden.

Cierta noche se arriesgó á decir:

- ¡Si supiera usted cómo ocupa mi pensamiento durante el día! ¡Si supiera qué dicha es para mí venir á ver á usted todas las noches!.. Pero siempre se va usted demasiado pronto...

Luisa bajó la cabeza sin contestar; y Enrique, cobrando valor, añadió:

- ¿Por qué viene usted aquí?.. La primera vez que la encontré, seguramente que no habría usted venido á este sitio para buscarme, puesto que yo la vi por casualidad.

La joven se encogió de hombros, y después de pronunciar algunas palabras insignificantes, retiróse temprano.

Enrique resolvió hacer la corte abiertamente á Luisa para intimidarla y saber á qué debía atenerse, pues comprendió que la amaba ya con locura; así es que el siguiente día le dijo:

- Quería traer á usted una carta.

- ¿Para qué?, preguntó la joven con un brusco movimiento de cabeza.

- Porque tengo muchas cosas que decir á usted, repuso Enrique después de vacilar un momento, y no me atrevería á expresarme de viva voz...

La joven, sin contestar, se alejó apresurada.

Otra noche quiso coger sus manos; pero la joven, volviéndole la espalda, permaneció en pie sin hablar.

- Mañana, díjole Enrique, iré á casa de su señor padre para tratar de una defensa.

La joven se estremeció, y cruzando los brazos sobre el pecho con expresión de alegría, murmuró:

- ¡Oh! Procuraré ver á usted.

Al levantarse por la mañana, Enrique escribió una carta, llenando las cuatro carillas, para dársela á Luisa si la encontraba sola. No quiso reflexionar; estaba perdidamente enamorado, y se proponía decirlo todo en su epístola.

Lo primero que vio al entrar en el salón del señor Clossergues, donde la sirvienta le introdujo, fué á la misma Luisa con vestido de color de rosa, trabajando en un bordado junto á la ventana y los pies apoyados en el palo de una silla. Su perfil se destacaba en la clara luz que hacía brillar hasta la puerta el suelo encerado; detrás de los vidrios veíase el verdor del jardín, y el surtidor de agua iluminado por un rayo de sol. Enrique miró á derecha é izquierda, y como no viese á nadie ni oyese ruido alguno, precipitóse hacia la joven sombrero en mano.

- ¡No creía encontrar á usted sola!, murmuró; gracias por haberme esperado...

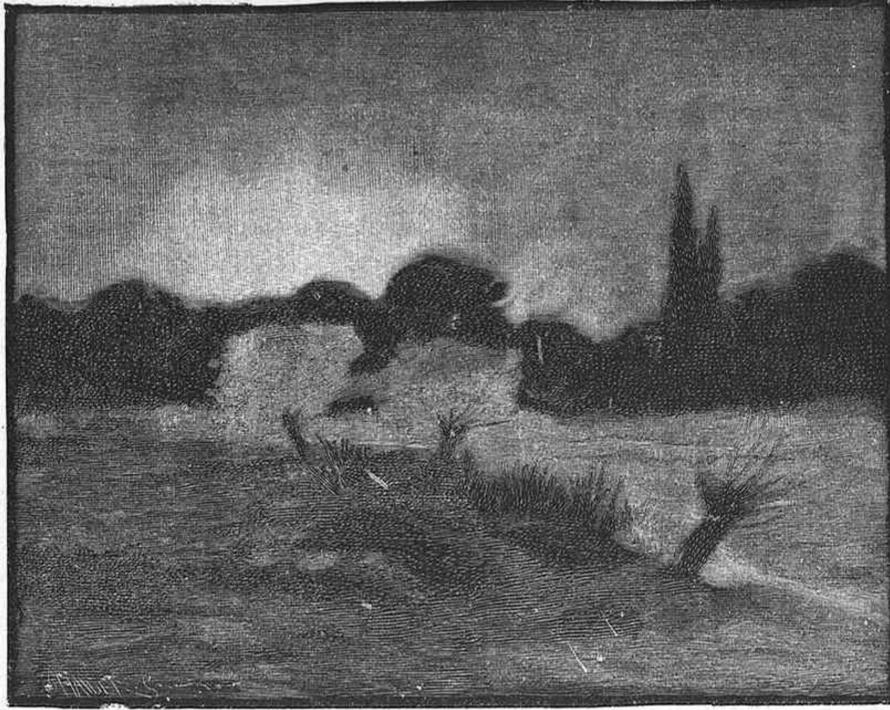
Y estaba á punto de añadir: «Lo que no osé decir á usted, lo he escrito, y he aquí mi carta;» pero retrocedió al ver á Luisa levantarse, diciéndole:

- ¿Qué le pasa á usted, caballero? ¿Está usted loco?

Sus mejillas temblaban; frunció el ceño, y salió llevándose su bordado, sin apartar de él la vista, y con la voz alterada como si estuviese á punto de llorar.

Enrique permaneció un momento inmóvil y como aturdido.

- ¡Oh, murmuró, esto es demasiado! Pero ¿qué tiene? ¿En qué puedo haberla ofendido? ¿A qué vie-



Este jardín hallábase al pie de la muralla

ne esta comedia? Es evidente que no me ama, y por lo tanto no vendrá esta noche; mas ¿por qué razón? ¿Qué pasa? ¿Se habría trastornado por aquella visita? ¿A qué fingir que no recordaba nada y que no le conocía? Durante el día no era ya la misma joven; pero ¿cuál era su objeto? ¡Qué mujer tan extravagante! La angustia que experimentaba le hizo temer que no le sería posible prescindir de Luisa. Sentía palpaciones al pensar en el suave roce de su vestido; la poesía de aquellas citas nocturnas era cada vez mayor por aquel misterio y aquella resistencia.

Aquella noche, en vez de esperarla delante de la verja, según costumbre, franqueó la valla y saltó al jardín. La joven profirió un grito, agitando las manos apresuradamente cuando le vio salir de entre el follaje.

- ¿Qué hace usted?, exclamó. Retírese al punto y no permanezca aquí más tiempo. No lo quiero.

- No tema usted nada, repuso Enrique fuera de sí; escúcheme usted.

- ¡No, no!.. Si permanece usted ahí, me marchó. Arrastrándose por la arena, Enrique consiguió coger una de las manos de Luisa.

- Escúcheme usted, dijo; no puedo vivir sin verla... No se vaya usted... La amo.

Al tratar de retener á la joven, había cogido las dos puntas de su manteleta, pendientes sobre su redondeado seno, y Luisa, viéndole tan angustiado, no tuvo fuerza para rechazarle; de modo que sin quererlo, súbitamente tranquilizada y más dulce, sentóse al fin á su lado en un banco.

- ¿Qué tiene usted contra mí?, murmuró Enrique. ¿Por qué aparentó esta mañana no conocerme? ¡Si usted supiera cuánto he sufrido!

Luisa, temblando de emoción, parecía estupefacta.

- ¿Esta mañana?, preguntó.

- Sí.

- ¿Dónde?

- En casa de su padre.

- ¿Ha venido usted á vernos esta mañana?

- Sí; bien lo sabe usted.

- No lo recuerdo, repuso Luisa, pasándose la mano por la frente.

- No se burle usted de mí; se lo suplico...

- ¡Le juro á usted que no lo recuerdo!

Enrique quedó asombrado ante aquella expresión de sinceridad, y á la vez confundido de sorpresa al ver que la joven se dejaba estrechar la cintura, inclinando un poco la cabeza para ofrecer su mejilla. Los rayos de la luna, inmóvil en el cielo, iluminaban el vestido de Luisa, comunicándole el aspecto de un ropaje de mármol, y Enrique retrocedió poseído de asombro al ver por primera vez de cerca los ojos de la joven. Brillaban como carbones encendidos, y hubiérase dicho que una llama interior los agrandaba, paralizándolo los párpados, y hacía tender las miradas como claridades que se prolongan. Una fijeza trágica

alteraba aquel lindo rostro risueño, con la boca entreabierta; con el talle erguido, la nariz dilatada y las manos unidas sobre las rodillas, aquel cuerpo joven tenía la rigidez del éxtasis, una especie de extravío paralizado que contrastaba con la respiración tranquila del seno de la joven, semejante al de una persona que duerme.

Enrique se estremeció, y acosóle un presentimiento.

- ¿Qué tiene usted?, preguntó. ¿Por qué me mira de ese modo?

- Nada... no tengo nada, murmuró la joven con una voz que parecía lejana y sorda, apoyando al mismo tiempo la cabeza sobre el hombro de Enrique, mientras la mirada de sus ojos espantosos se fijaba en el vacío.

Enrique cogió la frente de la joven entre sus manos para ver de cerca aquellas pupilas encendidas, en las cuales se reflejaba en miniatura el astro tranquilo de la noche; y entonces, al oír aquellos suspiros, aquella voz pesada, y al ver aquellos brazos sin fuerza, aquella actitud de sueño y de meditación, Enrique lo comprendió todo, recordando una historia muy conocida en el país. La madre de la señora Clossergues había sido sonámbula en el primer tiempo de su matrimonio, y los criados iban á buscarla de noche al campo. Ya no cabía duda; su nieta era también sonámbula. Aquella joven seductora que tenía entre sus brazos estaba dormida, sin conocimiento, inerte. ¿Cómo no lo había notado? Bastaba mirar sus ojos para comprenderlo. Todo se explicaba así, su actitud en las citas, el aspecto de frialdad en casa de su padre; olvi-

daba durante el día las entrevistas de la noche; obraba con sinceridad al rechazarle, y también al dejarse amar.

Enrique la examinó de nuevo, hizo varias preguntas, interrogó otra vez aquellos grandes ojos brillantes. ¡Eran la evidencia misma! En Luisa había algo de angustioso, de indolente, una especie de ansiedad, de pesadilla, que la oprimía y transfiguraba.

- ¿Conque no recuerda usted haberme visto en casa de su padre?, preguntó Enrique.

- No, ni el otro día tampoco en casa del presidente, contestó Luisa.

Enrique se levantó; necesitaba estar solo y darse cuenta de lo que le pasaba; y por otra parte, la sonámbula podría despertar de repente.

- Es preciso que se retire usted, Luisa, dijo Enrique, porque sus padres podrían notar la falta.

- ¿Volverá usted mañana?, repuso la joven con dulzura y en voz muy baja, sonriendo ligeramente.

- Sí, contestó Enrique.

Erguida delante de él y casi unidos los pies, Luisa desvió con las puntas de los dedos, en cada lado de la frente, el cabello que cubría su rostro; y después de mirar á Enrique con sus grandes ojos que infundían pavor, aunque hermosos siempre, se alejó sin apresurarse, despidiéndose con la mano. Enrique notó que llevaba la cabeza alta como los ciegos.

El joven abogado comenzó á recorrer la pradera á la claridad de la luna, que parecía cubrir el campo de un polvo de nieve. ¡Amado por una sonámbula! ¡No se podía dar nada más fantástico! Aquella boca amorosa, aquellas largas pestañas negras, aquella virgen dolorida, todo, todo era un sueño. ¡Estrechaba entre sus brazos á una fantasma, una muerta con el aspecto de la vida!.. Luisa no le amaba sino durante su sueño; una vez despierta, no le conocía ya; no tenía de ella su corazón, ni su conciencia, ni su pensamiento, ni nada que fuese realidad. ¿No sería una profanación querer seducir á una joven que no se pertenecía á sí propia? No quedaba sino un remedio; avisar á los padres, ó bien hablar á Luisa el día siguiente á toda costa, confesarle su amor y sus escrúpulos, y hacerse amar de día, puesto que había reconocido que la joven no recordaba las citas de la noche. ¡Hacerse amar de ella!.. ¡Tomarla por esposa sabiendo que era sonámbula!.. ¡Qué aventura!

Al día siguiente, al incorporarse en su lecho, la joven volvió á experimentar otra vez la postración física y el malestar moral que le atormentaba hacía una semana. Ocho días hacía que el amor turbaba su alma, que vivía en un estado de alucinación culpable, resultado de incomprensibles pesadillas. Todas las mañanas despertábase acosada por el vago recuerdo de haber pasado la noche hab'ando con un hermoso joven á quien adoraba, deliciosa entrevista cuyo encanto, prolongándose durante el día, desconcertaba su memoria y robábale el corazón, sin que su

mente pudiera desembrollar aquel caos ni reconstituir la escena. Atemorizada por la repetición de tales sueños, ella, que no leía novelas y vivía sola con su madre y sus tías, hallábase ya á punto de hablar de ello á su confesor, cuando cierto día vió desde una ventana á Enrique, que hablaba con dos caballeros enfrente de la casa. El joven estrechó la mano de ambos, y sonriendo mientras los hablaba, comenzó á mirar á las persianas de Luisa. Entonces la joven experimentó un estremecimiento que llenando su pecho fué á morir en el corazón. Conocía muy poco á Enrique, y tan sólo recordaba haber oído decir á su padre al hablar de él: «Es joven, tiene talento y hará carrera.»

Al día siguiente volvió á verle de nuevo; iba muy de prisa, con su cartera debajo del brazo, y miró dos ó tres veces á sus ventanas.

A partir de aquel momento, su mal aumentó y sus tentaciones redoblaron. Bordaba en el jardín durante largas horas sin abrir la boca; á veces dejaba la aguja para escuchar el susurro del viento y el grito de las golondrinas, y volviendo á dejar caer sus manos sobre el bordado, pensaba en aquel joven que miraba á sus ventanas. Aquella imagen la perseguía. ¿Por qué la acosaban semejantes sueños, siempre los mismos, y casi todas las noches, con aquel joven más bien que con cualquier otro?

«¿Será que le amo?, murmuró. ¿Será esto amor?»

Luisa procuró distraerse, hizo visitas, y permaneció días enteros en su posesión de Encinas Verdes con su madre, á quien no osó decir nada, pensando que era muy malo soñar tales cosas.

Habiendo encontrado de nuevo á Enrique en la calle, sufrió una especie de crisis de despecho, por haber creído notar que afectaba sonreírse; su visita acabó de trastornarla, y aunque sin comprender lo que había dicho, lloró de cólera.

«¿Qué ocurre? ¿Qué quiere?, se preguntó. ¿Le conozco yo acaso?» Luisa tenía miedo de Enrique, y este miedo era precisamente lo que la atraía; desconsolábase el acariciar semejante tormento, y sentir algo voluptuoso en aquel suplicio de amor á pesar suyo. Su pensamiento confuso, hostigado y moribundo, evocaba sus queridas visiones, aquellas pesadillas tan dulces, pero inexplicables, que volvían siempre. Todas las noches, dormida en su habitación bien cerrada, imaginábase oír el canto de los ruisenores, apoyándose en el brazo de un desconocido que tenía el rostro de Enrique. La joven se estremecía de placer y de espanto á la vez; pero algo superior á su voluntad, el misterioso impulso de ese sueño que no sospechaba, conducíala cada noche, en realidad y sin darse cuenta de ello, á los brazos de Enrique, hasta que al fin, habiéndola visto de cerca, el joven lo adivinó todo.

Al día siguiente de su último encuentro con Enrique experimentó una sensación tan fuerte y el recuerdo le pareció tan verdadero, que quiso ver á su confesor, anciano sacerdote de cabello blanco, que le aconsejó la oración y las distracciones. Aliviada por esta confesión, creyó que le bastaría decir todas las noches el rosario para olvidar á Enrique, desterrando las malas apariciones; y como su padre iba al campo aquella tarde, se alegró mucho de poder cambiar un poco de sitio y olvidar su querido mal.

Esparciendo en el aire de las colinas lo que le quedaba de malestar y turbación, sentíase libre ya, purificada y radiante en aquellos grandes bosques embalsamados, cuando al desviarse un poco para recoger unas piñas, estuvo á punto de desmayarse de emoción al ver á Enrique en el recodo de un sendero. El joven se dirigió á ella, saludóla, y con el sombrero en la mano, díjole sin vacilar:

— Señorita, sólo voy á decirle dos palabras, mas es preciso que usted las escuche...

— No tengo nada que escuchar, replicó la joven mirando á su interlocutor con altivez... No le conozco á usted..., y por lo pronto, le advertiré que no está en su casa.

— Sí, usted me conoce, repuso Enrique; pero no se acuerda de nada... ni le queda más que un vago recuerdo de nuestras entrevistas... Una sola palabra bastará para explicárselo todo. Es absurdo, inverosímil, pero es la verdad, y yo se lo juro: usted se levanta de noche durmiendo, y va todas las noches al jardín para hablar conmigo... Forzoso es decírselo á usted para explicar mi conducta, para que sepa por qué la miro, por qué la busco, y por qué la amo con esta pasión profunda y de desconsuelo que me desespera y me mata.

Luisa temblaba de tal modo al oír tales cosas, que sus ojos quedaron fijos, y miró un instante á Enrique cara á cara sin despegar sus labios; después, violentándose al parecer para sacudir su emoción y con una sonrisa nerviosa que hizo caer hacia atrás su sombrero de paja, exclamó:

— ¡Decididamente, usted está loco!

— No, contestó Enrique, no estoy loco; digo la verdad.

Jamás había visto á la joven tan linda como en aquel momento de afectada rebeldía que la permitía mantenerse irónica y derecha delante de él, con su vestido color de rosa, su gracioso tocado y sus mejillas teñidas de carmín. En aquel momento iluminábase de pies á cabeza la luz móvil del sol, que desviaba sus rayos á través de los pinos, como esos espejos que los muchachos mueven para deslumbrar á los que pasan.

— ¿Y me ha seguido usted al campo para contarme semejantes cosas?, repuso Luisa rápidamente.

— Juro á usted que no se trata de cuentos. Usted se levanta todas las noches y viene á buscarme á su jardín, porque está dormida.

La joven exageró su ironía para conservar alguna serenidad.

— Pues bien, repuso, cuando las personas están dormidas, se las despierta, y con esto basta.

— ¿Lo quiere usted así?... preguntó Enrique.

Luisa se plantó delante de él, irguió la cabeza poco á poco como para retarle, y prolongando las sílabas con una última sonrisa burlona, contestó:

— Sí; me complacerá usted en ello.

¡Dormida, ó dicho de otro modo, sonámbula! Todo se explicaba así... ¡Pero no, esto no era posible! ¡El joven mentía! De repente se acordó de su abuela: la señora de Clossergues le había referido algunas veces que su madre padecía accidentes de esa especie cuando era joven y hasta un año después de su casamiento. ¿Si sería ella como su abuela? Mientras se esperaba el momento de confesarlo todo, trató de aturdirse, de no pensar en nada, y divirtiéndose como una loca para escapar del vértigo que la deslumbraba. ¿De qué servía calcular ó prever? Era preciso dejar á las cosas seguir su curso, y que sucediera lo que debía suceder.

Como la inquietud que le inspiraba aquella cita le impidiese dormir durante largo tiempo, Luisa no bajó al jardín hasta la una de la madrugada, en el momento en que la luna parecía caer perpendicularmente sobre la plataforma de la atalaya. Enrique oyó el roce de su vestido sobre la arena, y acercóse.

— Espero, dijo, que no estará usted resentida por lo que la manifesté hoy...

— ¿Qué?, preguntó la joven mirándole.

Enrique vió que aún dormía, y que no recordaba nada, y entonces, condujola á un banco que había junto al estanque, detrás de un sauce, y sentóse á su lado. Era su Luisa de todas las noches, vestida de blanco, con el cabello flotando sobre los hombros, y con sus ojos brillantes, que iluminaban el óvalo perfecto de su rostro. Los dos jóvenes pusieronse á hablar; cuando Luisa sonreía, el hoyuelo de sus mejillas se afilaba, y su respiración se exhalaba de la boca como un tibio soplo.

— ¡Cuánto placer siento estando al lado de usted!, murmuró la joven con su voz apagada.

Enrique se entregaba á la dicha de tener aún bajo su mano aquella cintura sin corsé, y aspirar el perfume de su ropa, mezclado con las emanaciones de las flores que embalsamaban la atmósfera de aquella noche tranquila. A lo lejos divisaba en el cielo una estrella de gran magnitud, que brillaba á través de los largos cabellos de Luisa entre los que había escondido su cabeza. La idea de despertar á la joven le espantó. ¿Qué realidad valdría lo que aquel sueño? ¿No iba á perderla?... ¿Qué importaba que aquel amor fuese una ilusión? ¿No lo es la vida también? ¿No nos engañamos y estamos acaso seguros de no dormir? Por otra parte, Luisa veía, hablaba y razonaba... Y no obstante debía despertarla, pues mientras ella no tuviese todo su conocimiento, aquel amor era criminal, porque robaba las caricias de la joven y la engañaba.

Acercando los labios á su oído, eligió, para expresar su pasión, las palabras más ardientes y puras; habló de cerca, lo más cerca que le fué posible, estrechando á Luisa para que conservase aquellas declaraciones en el fondo del alma y no las olvidara al despertar; pero ¿cómo interrumpir aquella pesadilla sin espantar á la sonámbula? Una sacudida bastaba para que perdiese el juicio, ó se desvaneciera

por la sorpresa y comenzase á gritar. Luisa parecía más lánguida que los días anteriores; su voz tenía murmullos que parecían salir de un corazón oprimido y una angustia más nerviosa dilataba su pecho. Al levantar las manos para arreglar su cabello, los brazaletes se deslizaron á lo largo de los brazos; é inclinando la cabeza hacia adelante, suspiró, mientras apoyaba las manos en un hombro de Enrique, como desfallecida de ternura, de fatiga y de sueño.

— No se vaya usted, murmuró; tengo miedo... Cuando usted se marcha me parece que voy á morir...

Enrique levantó la cabeza de Luisa; sus ojos devoradores, no osando mirarle, fijábanse en las nubecillas sembradas en el grandioso cielo, iluminado por la blanca luz de la luna. Entre los dos medió un prolongado silencio, turbado solamente por las gotas de agua que caían del surtidor, y los lejanos ladridos de los perros en las calles de la ciudad.

Enrique estrechó más á la joven entre sus brazos, cogió su cabeza entre las manos, y frente á frente de aquellos ojos que brillaban cual si hubiese una llama detrás de cada pupila, exclamó:

— ¡Luisa!.. ¡Sí!.. Míreme usted ahora...

La joven se inclinó, murmurando:

— ¿Me ama usted?

— No estaría aquí si no la amase...

— ¿Me amará siempre?

— Sí, Luisa, la amo y seré de usted toda la vida; pero este amor me desconsuela, porque no es para usted más que un sueño... sí, un sueño, una ilusión... Yo estoy despierto, pero usted duerme. ¿Oye bien lo que digo?... Usted duerme...

Enrique acentuaba imperativamente las sílabas para dominar á la joven y convencerla, y Luisa sonrió como una persona que sufre, cual si luchase contra una pesadilla; pero al fin dijo con débil acento:

— ¡Oh, no, no duermo!.. Estoy segura de ello.

— ¡Sí, Luisa, aún duerme usted...; mas ahora despertará, porque es preciso!..



Señorita, sólo voy á decirle dos palabras

Así diciendo, Enrique estrechó á la joven entre sus brazos con toda su fuerza, y sin darle tiempo para que se diera cuenta de lo que pasaba, humedeció su manteleta en el agua del estanque, y aplicóla brusca-mente á su rostro; después, sacudiendo su cintura, mojó las sienes con las manos violentamente, gritando á su oído:

— ¡Despiértese usted, Luisa!.. ¡Yo lo quiero!.. ¡Despiértese usted!

Alterada por aquel ataque, y sin saber lo que se quería de ella, estiró los brazos, tratando de separar de su rostro la manteleta que la sofocaba.

De repente cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás; su cabello, desarrollándose del todo, tocó la arena, sus brazos cayeron inertes, y Enrique la sostuvo por los hombros para impedir que cayera.

Luisa respiró profundamente, abrió los ojos, y tocándose las cejas con las puntas de los dedos, murmuró:

— ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

A fin de precipitar la transición y burlar su sorpresa, Enrique cubrió de besos el rostro de la joven y estrechóla contra su corazón.

— Soy yo, Luisa, dijo; soy yo, Enrique, su amigo y su prometido... No tenga usted miedo... ni se turbe, ni diga nada... Escuche usted..., ahora está en el jardín conmigo... ¿Recuerda usted lo que hablamos ayer... en el campo?... Yo le dije que nos amábamos, que nos veíamos todas las noches, que usted abandonaba su lecho, y que bajaba al jardín para hablarme, porque estaba dormida. Usted ha querido que yo la despertase, y así lo hago... Estamos en casa de usted, en su jardín... ¿Me reconoce usted ahora?... ¡Oh! No me rechace, yo se lo suplico... Ahora que está usted aquí y á punto de hablar, tiemblo y temo perderla... ¡Dígame usted que me perdona y que me ama!..

Avergonzada de estar sentada á su lado, Luisa se apartó un poco, estirando su vestido, y contempló á Enrique con una expresión profunda, dolorosa, como para asegurarse de que efectivamente era él; después miró á todos lados con aire inquieto; reconoció el jardín, los árboles, los senderos, la hiedra que cubría las paredes, la superficie cristalina del estanque y la higuera que estaba allá abajo, delante de la puerta, entre las acacias. Todo esto era familiar para ella, se repuso muy pronto, volvióle la memoria, y dejó escapar una exclamación de asombro lúcido:

— ¡Sí... sí..., ya comprendo!

Entonces recordó sus amorosas languideces, sus noches tentadoras, los trastornos producidos por el deseo, que tanto la habían atormentado; y como la precisión de sus recuerdos atenuaba la violencia del despertar, parecióle que la realidad era la continuación de sus sueños, y no se asombró de que su tormento se hubiese explicado al fin. Tampoco le infundió temor su misterioso sueño, porque aquel mal imprevisto le llevaba la deliciosa sorpresa de despertar en brazos de un joven á quien había amado con toda su alma sin saberlo. Sí, le amaba, y para siempre, porque ahora estaba segura de él. Y sin levantarse del banco en que estaba sentada, cubriéndose el rostro con su cabello, hubiérase dicho que deseaba conciliar otra vez el sueño para entregarse á sus ilusiones; unió las manos como si orase, y sin ver á Enrique, aunque mirando siempre á derecha é izquierda, murmuró:

— ¿Conque es verdad? ¿Conque yo dormía?

— Sí, Luisa.

— ¿Y venía aquí todas las noches?

— Sí.

— ¿Sola?

— Sí, sola...

— ¿Y qué decía?

— Que me amaba usted, que sería mía, y que nos casaríamos... ¡Luisa, amor mío, adorada Luisa! ¡Oh!.. Dígame usted que no he soñado, y que me ama. ¿Será usted mi esposa?

La joven no tuvo fuerza para rechazar aquella providencial ternura que la encantaba; levantóse, apoyóse en Enrique, alzó la cabeza para mirarle con sus grandes ojos de expresión tranquila, y díjole con gravedad:

— ¡Dios lo ha querido así!.. Venga usted á casa mañana, y mi madre nos bendecirá...

Antes de alejarse, Luisa se volvió para despedirse con la mano; Enrique quiso detenerla; pero la joven desapareció corriendo.

Seis meses después se casaron; y como Enrique tenía talento y fortuna, el abogado Clossergues quedó muy contento de aquel matrimonio, y su mujer lloró al escuchar el relato de su hija.

Luisa no se levanta ya por la noche. La maternidad la ha curado.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

ELECTRICIDAD PRÁCTICA

Las instalaciones eléctricas en el interior de las casas exigen grandes precauciones, y sólo la práctica ha podido demostrar cuáles son los mejores sistemas empleables en las mismas.

Las canalizaciones interiores pueden hacerse debajo de molduras de madera, de ganchos de hierro vitrificado, sobre aisladores de porcelana ó en tubos de cartón comprimido. Las molduras de madera consisten en listones con dos ranuras paralelas en las que se colocan los cables aislados: el número 1 de nuestro grabado reproduce una sección de esas molduras que se prestan á toda clase de decorados y que en general están impregnadas de un ignífugo ó parafinadas para prevenir cualquier accidente y aumentar la resistencia del aislamiento. Esas molduras no deben ser colocadas inmediatamente encima de las paredes húmedas, y para fijarlas se las suele clavar en tacos de madera, procurando también que el clavo no atravesase el aislador de los cables.

Otras veces se fijan los cables por medio de ganchos de hierro cubiertos de un esmalte protector y aislador; pero ese esmalte á menudo se desprende y entonces el metal se apoya directamente en los cables. Para evitar las consecuencias de este contacto es conveniente poner entre los hilos y el gancho una tira de caucho ú otro aislador cualquiera como indica el número 6.

Debemos mencionar también los aisladores de porcelana que se colocan en las paredes: dan grandes resistencias de aislamiento y son convenientes, en especial en los sitios húmedos. Pero el uso de estos aisladores es á veces difícil, y para sustituirlos la compañía Bergmann de Berlín fabrica tubos de cartón comprimido que se ponen directamente en las paredes y que comunican á trechos con conmutadores de fácil acceso. Esos tubos se instalan mientras se construye la casa, bastando luego introducir por ellos los cables: el número 3 reproduce la instalación de uno de esos tubos, así como una caja de derivación en varias direcciones.

En el interior de las habitaciones donde haya canalizaciones de agua, gas, etc., hay que adoptar muchas precauciones, pues siendo estas canalizaciones metálicas pueden establecer comunicación entre dos alambres eléctricos. Para evitar estos inconvenientes el medio mejor es colocar todas las canalizaciones paralelas evitando los puntos de contacto; pero puede ser á menudo necesario hacer pasar los cables eléctricos sobre los tubos de gas, y en este caso si la canalización está instalada debajo de molduras basta hacer un puente (n.º 4): si los cables están simplemente aislados puede encerrarse en un tubo de caucho é interponer una plancha de alguna substancia aisladora. En el mismo número 4 puede verse un modelo de esta segunda disposición.

Para el paso de los cables al través de una pared se procurará colocar en ésta un tubo metálico, dentro del cual se introducirán los cables, cada uno de ellos encerrado en un tubo de caucho.

Conviene también tener en cuenta la cuestión de los útiles destinados á llevar los aparatos eléctricos. En muchas instalaciones se han aprovechado las lámparas de gas como lámparas eléctricas, y en ellas, por lo tanto, la canalización eléctrica está instalada sobre la lámpara y comunica con la red del gas: este contacto puede evitarse adaptando á las lámparas enlaces aisladores (n.º 5), formados por una plancha aisladora de cierto espesor, A, con contornos variados que forman rosácea. En el centro hay un conducto cilíndrico unido por la parte superior al tubo de gas y á la lámpara por la inferior. El gas puede circular y llegar á los mecheros de la lámpara, sin que ésta esté en comunicación metálica con la canalización del gas.

J. LAFFARGUE

CHASSIS TRANSFORMADOR DE FOTOGRAFÍAS

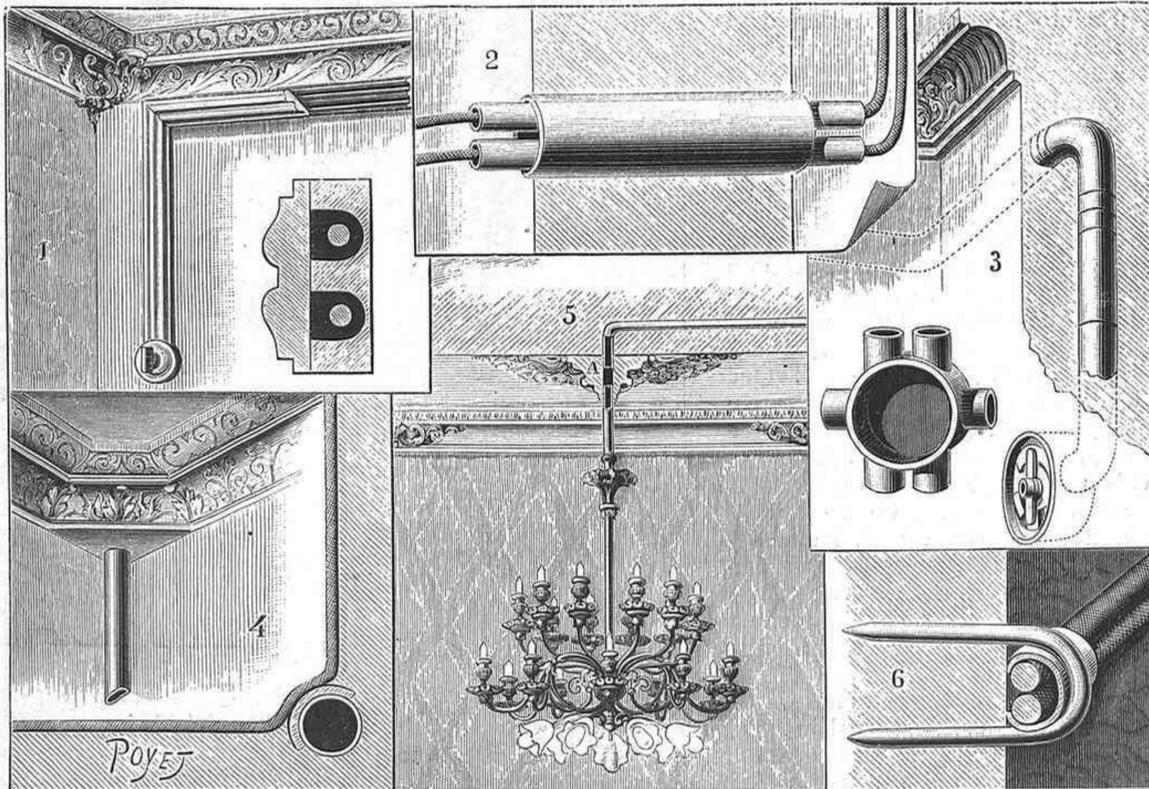
Lo primero que suele hacer el fotógrafo aficionado en cuanto posee un aparato es el retrato de los individuos de su familia y de sus amigos; pero cuando ya los ha retratado solos y en grupos, lo cual sucede pronto, gracias á los procedimientos rápidos de que hoy se dispone, no tiene más remedio que dedicarse á otras cosas. Un aficionado amigo nuestro, M. E. Archdeacon, se ha preguntado si no sería alguna vez divertido aprovechar los clisés obtenidos para hacer con ellos caricaturas, y á este objeto ha inventado un aparato ingenioso que además de ésta permite otras aplicaciones interesantes.

Existen hace tiempo varios procedimientos para obtener caricaturas de fotografías, pero por regla general requiérese en ellos el empleo de la cámara y del objetivo, al paso que en el de que vamos á ocuparnos no se necesita esto y el aparato se aplica simplemente á un procedimiento de tirada de los clisés ordinarios que ya se tienen.

El *chassis* transformador es un derivado del obturador de placas, generalmente conocido: sabido es que éste se compone de una cortina con una raja estrecha que pasa rápidamente durante la exposición lo más cerca posible del cristal sensible; de este modo



Fig. 1. - Facsímil de una fotografía prolongada obtenida por medio del *chassis* transformador.



Sistemas de instalación de canalizaciones eléctricas interiores. — 1 Canalización debajo de una moldura de madera. — 2 Paso de cables al través de una pared. — 3 Tubos Bergmann de cartón comprimido. — 4 Paso de una moldura sobre un tubo de gas y paso directo de los cables. — 5 Lámpara mixta de gas y electricidad con enlace aislador. — 6 Canalizaciones debajo de ganchos de metal.

la imagen resulta hecha por secciones sucesivas, y si la raja se mueve demasiado lentamente con relación á la velocidad del objeto fotografiado, producen deformaciones que varían según que la raja se mueva en el mismo sentido ó en sentido inverso ó perpendicularmente á la dirección del modelo. Estas deformaciones pueden ser muy pequeñas y apenas perceptibles si se tiene cuidado en imprimir gran rapidez á la cortina y se escoge bien el sentido del movimiento. El *chassis* transformador, por el contrario, en vez de atenuar esos defectos los exagera y varía.

Compónese el aparato de dos cuadros R (fig. 1, núm. 1) montados en charnela que se abren como un libro: por uno de ellos deslízase una planchita A, en la que se coloca el papel sensible B (al gelatino-bromuro, que se impresiona rápidamente y da una imagen por desenvolvimiento); por el otro corre una segunda planchita E, en la que se fija el clisé C que se trata de deformar. De este modo el papel sensible y el clisé forman con las planchas un solo cuerpo y siguen el movimiento de éstas: entre las dos planchitas se pone un papel negro D con una rajita estrecha F, cuya forma puede variarse cuanto se quiera, haciéndola recta, oblicua, sinuosa, etc. Este papel se coloca entre los dos cuadros cuando están cerrados (fig. 1, núm. 2) y permanece inmóvil sea cual fuere el movimiento de las planchitas.

Del cambio de lugar de éstos dependerá la importancia de la deformación, que será en el sentido de la altura ó de la longitud del clisé, según la posición en que éste haya sido fijado en la planchita.

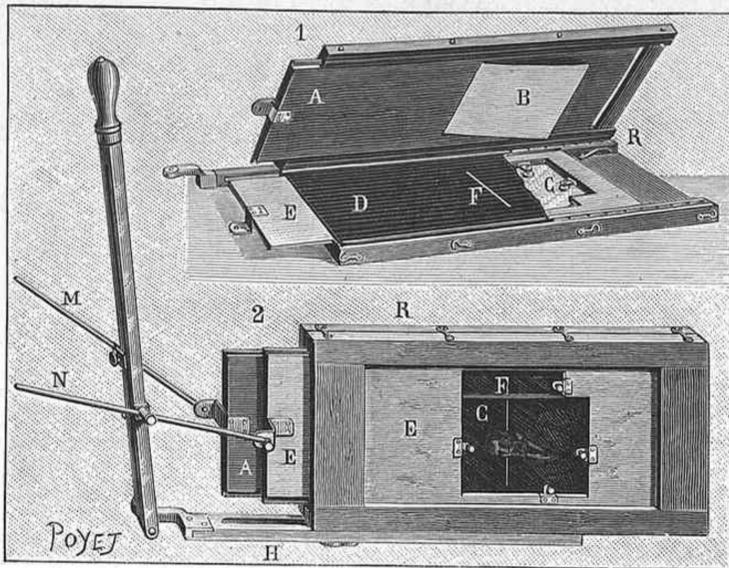


Fig. 2. - Chassis fotográfico transformador

Así dispuestas las cosas en la cámara obscura, compréndese que exponiendo el clisé á la luz del día y tirando á la vez de las dos planchitas dándoles la misma velocidad, las diversas partes del clisé se impresionan al través de la raja en las partes correspondientes del papel sensible y en el desarrollo no se obtendrá deformación alguna; pero no sucederá lo mismo si el papel sensible no tiene la misma velocidad que el clisé: si va más lentamente la imagen resultará encogida, si va más de prisa resultará prolongada (fig. 2) y si la raja es sinuosa en vez de recta

puede imaginarse el extraño efecto que se obtendrá. Fácil es calcular de antemano la deformación resultante determinando la velocidad relativa de las dos planchas, y para llegar á dar práctica y fácilmente esa velocidad empléase una especie de pantógrafo H (fig. 1, núm. 2) fijado al lado del aparato.

Dos barritas M y N se ajustan á los anillos en que terminan las planchitas, y dos pinzas de tornillo permiten detenerlas á lo largo de una palanca cuyo punto de apoyo está en la prolongación de H: se comprende que tirando de la extremidad libre de esta palanca la velocidad de cada planchita estará en razón del apartamiento del punto en que se fija la barrita con relación al punto de apoyo de la palanca.

De modo, pues, que por este procedimiento puede llegarse á obtener imágenes ampliadas sin deformación, para lo cual bastará prolongarlas primero en un sentido y después en el otro en la misma cantidad: para ello se pondrá en la planchita A una placa sensible en vez de papel y se hará un positivo sobre cristal

de una altura doble, por ejemplo, y con este positivo se hará por contacto un negativo que, dispuesto luego en el aparato para ser agrandado en anchura, producirá en último término sobre el papel una imagen no deformada y ampliada del doble del clisé primitivo.

El aparato se presta á otras varias aplicaciones que sería largo enumerar y describir; pero con las expuestas se comprende que con el *chassis* transformador pueden obtenerse efectos muy curiosos.

G. MARESCHAL

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababotes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Gragéas al Laetato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^e, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCROFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Solucion BLANCARD

y Comprimidos de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS RAZAS DE COLOR EN CUBA. - El Directorio central de las razas de color en Cuba regaló hace poco, acompañándolo de una afectuosa carta, un objeto de arte al Sr. Labra, el cual contestó con otra en que estudia con el talento y entusiasmo en él universalmente reconocidos la cuestión interesantísima que durante tanto tiempo se ha agitado en las Antillas y los progresos que en su solución se han realizado. Las dos cartas junto con algunos sueltos de periódicos han sido reunidos y publicados en el folleto cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas y que es de verdadero interés.

EL ANTIGUO DERECHO Y LA COSTUMBRE PRIMITIVA, por H. Summer Maine. - Esta es la primera versión castellana de la notabilísima obra del célebre jurista inglés, que no debe confundirse con *El Derecho antiguo* del mismo autor. La que nos ocupa trata ampliamente entre otras las siguientes cuestiones. La religión y el derecho, La herencia, La sucesión al trono, La ley sálica, La administración de la justicia civil, La sociedad primitiva, Las reglas legales, La clasificación de los bienes, etc. Forma un gran volumen y se vende siete pesetas.

GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA. AMPLIACIÓN SINTÁCTICA, por R. Monner Sans. - Forma este tomo el tercer año de estudios del Colegio Nacional de Buenos Aires, del que fué catedrático el autor de la gramática, el distinguido publicista Sr. Monner Sans, que tan alto sostiene en la República Argentina el pabellón literario de su patria, España. Como oportunamente nos ocupamos de los dos primeros tomos, sólo diremos que la *Ampliación sintáctica*, que es el tercero de la obra, está concebida y desarrollada dentro de los verdaderos principios filológicos, resultando un tratado de sintaxis castellana muy notable desde los puntos de vista así teórico como práctico.

PRO PATRIA. - Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables trabajos de Balaguer, Llorente, Rodríguez Mourelo, Ramos Carrión, Vital Aza, Stor, Picón, Rodríguez Marín, Enseñat, Mitjana, Benot, Portal, Pedreira, Marqués de Heredia, Lou Sounjadou, Zahonero, Sancho y Gil, Carjat, el Conde de las Navas y otros. Suscríbese en las principales librerías y en la Dirección-Gerencia, Claudio Coello, 3, Madrid.

GRANDES CACERÍAS, por Manuel Saurí. - Es este un libro muy curioso por ser un conjunto de narraciones y recuerdos íntimos de caza de su autor. Descríbense en él algunos de los mejores cazadores de Cataluña, contiene semblanzas de varios aficionados de la buena sociedad barcelonesa, relatos de interesantes



CONDORCET, estatua de M. Perrin inaugurada en París el 14 de Julio de 1894

partidas de caza, consejos, descripciones de los principales sistemas de caza y multitud de otras noticias interesantes. El libro, en el que hay además algunas vistas y retratos, se vende á 3'50 pesetas.

PEQUEÑOS POEMAS, por Ramón de Campoamor. - La Biblioteca Diamante que con tanto éxito edita en ésta D. Inocente López, ha publicado en tres tomos otras tantas series de los hermosos *Pequeños poemas* de Campoamor. ¿Es necesario hacer el elogio de la obra? ¿Quién, que no la haya leído, no ha oído aplaudirla y alabarla como modelo de poesía y versificación? Huelga, pues, todo encomio de nuestra parte, y por esto nos limitamos á anunciar la elegante y económica edición del Sr. López. Cada tomo se vende á dos reales en las principales librerías.

LA ESPAÑA MODERNA. - LA REVISTA INTERNACIONAL. - Los últimos números de estas notables revistas contienen interesantísimos trabajos, la primera de Valera, Altamira, Barrantes, Salillas, Gil Robles, Cotarelo, González Agejas, Menéndez Pelayo, Hoyos Sainz y Castelar; y la segunda de Merimée, Catulo Mendes, Coppée, Bauville, Baudelaire, Caro, Goncourt, Tolstoi, Gautier, Heine y otros escritores extranjeros no menos reputados. Se suscribe á estas excelentes publicaciones en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LA CIENCIA SOCIAL CONTEMPORÁNEA, por Alfredo Fouillée. - Importantísima obra de sociología, entre cuyos capítulos, notables todos, sobresalen los referentes al origen del Estado, Las objeciones de Bluntschli, Taine y Renán, La naturaleza de la sociedad civil, Las funciones del Estado, La justicia contractual según Spéncer y Summer Maine, Las colisiones del Derecho, La penalidad social, La reforma del Código penal y La justicia reparadora. Este libro, bajo todos conceptos digno de leerse, lleva un prólogo y notas interesantes de su traductor, Sr. Posada, y forma un voluminoso tomo que se vende á ocho pesetas.

BREVES APUNTES SOBRE DERECHO PENAL MILITAR y Manual de administración de justicia militar, por Arturo Paz. - Este libro, escrito por el Sr. Paz, coronel defensor de la Suprema Corte Militar de México, es un estudio completo de los delitos y penas militares y de los procedimientos con que se sustentan las causas de la jurisdicción de guerra en la República Mexicana.

COSAS, por M. González García. - Novela de costumbres portorriqueñas, cuyo autor rinde culto al modernismo, es decir, al género naturalista, del que el Sr. González se declara en el prólogo del libro partidario, no sólo por convicción, sino por temperamento, para que poniendo al descubierto las costumbres de aquel país con todas sus virtudes y sus vicios, no falseados por la imaginación, pueda sanearse el elemento moral de aquella sociedad.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJEGES
 y conserva el cutis limpio y terso
 24, Boulevard de
 Capois de G.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y prevenir la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIASE el nombre y la firma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA
 Dosadas á 0 gr. 125 de Polvo.
 Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO HABITUAL
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Avenue de Villiers. - Muestras gratis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

REMEDIÓ de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Añiva y cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, 102, R. Richelieu, Paris.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones,
 curados ó prevenidos,
 (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN